

JUAN F. CAMMARDELLA

ASTARGO

MUERTE Y RESURRECCIÓN



(emch) *
EDITORIAL
MUNICIPAL
CHIVILCOY

JUAN F. CAMMARDELLA

ASTARGO
MUERTE Y RESURRECCIÓN

*(emch)**
EDITORIAL
MUNICIPAL
CHIVILCOY

Camardella, Juan Francisco

Astargo / Juan Francisco Camardella. - 1a ed . - Chivilcoy :
Municipalidad de Chivilcoy, 2018.

144 p. ; 14 x 21 cm.

ISBN 978-987-4427-03-8

1. Literatura Argentina. I. Título.
CDD A860

Intendente Municipal: Dr. Guillermo Britos

Secretario de Cultura y Educación: Dr. Adrián Vila

Director de Educación: Ing. Eduardo de Lillo

Coordinador de Cultura: Daniel Guala

Junio 2018

Editorial Municipal de Chivilcoy

Obra ganadora del Concurso de Nouvelle EMCh 2018

Diseño y diagramación: Federico Capobianco

Foto de Portada: Jonathan Ríos

ISBN 978-987-4427-03-8

Impreso en **ilustre Digital S.R.L.**

Av. Sarmiento 291 – Chivilcoy - Bs. As. - Argentina.

IMPRESO EN ARGENTINA

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Prohibida su reproducción total o parcial.

Eso habla.

Hay que saber darle un lugar.

PRIMERA PARTE

*Suele definirse a la oscuridad como la ausencia de luz.
Nada más erróneo; no se trata de la carencia de algo:
es, más bien, una dimensión del ser humano.*

PERSPECTIVA

Nadie hubiese dicho que aquella noche de mayo era oscura. Si bien era pasada la medianoche, en aquel lugar la luna hacía brillar las veredas de la calle evidenciando baldosas rotas y cemento asimétrico. La predominancia y quietud de una tonalidad gris hacía pensar en la escenografía abandonada de una película en blanco y negro.

Las casas parecían deshabitadas. Las paredes descascaradas y viejas, el pasto desprolijo y amarillento, ocasionales puertas tapiadas: puras señales de abandono. Sólo la luz de algún velador encendido a través de una ventana o el susurro ahogado de una radio indicaba que en esos hogares existía algo de lo que suele llamarse “la vida”. Nada impedía pensar, sin embargo, en el aburrimiento y la soledad de esos habitantes; esa especie de inercia monótona en la que caen algunas personas conforme asimilan años y hábitos.

El silencio era prácticamente total. Algunos perros dormían próximos a sus hogares mientras un gato cruzaba un tapial de ladrillos con pasos sigilosos. El viento, débil, apenas movía las hojas de los árboles.

Y sin embargo alguien dobló en la esquina, alterando la quietud de la noche.

El taconeo de los zapatos comenzó justo cuando una residente desvelada miró al exterior de su casa a través de una ventana. *A glance*, como dicen los ingleses, es decir: un vistazo, una ojeada, que sin embargo dejó de serlo tan pronto la calle no se presentó lo esperablemente vacía como solía estarlo a esas horas y en ese lugar. Los pasos resonaban claro, y lograban un eco que se prolongaba hacia los fondos de las viviendas conforme la distancia entre aquel hombre y la casa donde vivía la mujer disminuía.

La residente se pegó a la ventana, y escondida tras las cortinas contempló la figura. Una presencia errante pasadas las doce de la noche no podía menos que resultar sospechosa; es por eso que en torno a ese hombre como núcleo, y en condiciones claramente especulativas, la mujer edificó una coraza de probabilidades: un ladrón no demasiado cauteloso, un vagabundo no demasiado mal vestido, un borracho con paso no demasiado incoherente.

Durante esa breve ensoñación de variantes el hombre (quien iba caminando por la vereda de enfrente a aquella casa) cruzó la calle. La mujer dejó de verlo, más no por eso de escucharlo. Los pasos fueron haciéndose más notorios, y con esa expectativa angustiante que suscita el momento en que el telón de una obra de teatro se levanta o un cuerpo ajeno se desnuda, la residente respiró hondo esperando el cruce del hombre por la ventana.

El cuerpo se detuvo exactamente frente a su casa. Diría más: frente a ella, si suponemos que ese acto le estaba dirigido. Una delgada lámina de vidrio los separaba, que la mujer consideraba no bastaba para ahogar el sonido de los latidos de su corazón apresurado. Como si fuera una presa, pensó en el olor a miedo que estaría emanando, mientras observaba al hombre respirar dificultosamente, escudriñar la visión, buscar algo.

La posibilidad de que el sujeto sea un ladrón retornó para cobrar fuerza e imponerse como cierta. Irrumpir en la vivienda no le sería tarea difícil, suponiendo el estado de la madera de las puertas de la casa. La mujer recordó el dinero escondido en el ropero, las alhajas guardadas bajo llave en el cajón de las sábanas y a su madre anciana durmiendo en la habitación del fondo. Trató de no respirar pensando en que así demoraría los actos de aquella persona, pero lo primero era imposible y lo segundo, estúpido.

Tan súbitamente como se habían detenido, los pasos se reanudaron. El hombre finalmente desapareció y la mujer, a pesar de forzar la audición, no oyó más nada. Si bien rio debido a las elucubraciones de su pensamiento, esa noche no pudo conciliar el sueño.

Astargo bajó del colectivo, dio una rápida mirada a su reloj y comenzó a caminar, internándose en la profundidad de la calle. Era tarde; se alegró de que el colectivero le hubiese indicado tan animosamente dónde tenía que bajarse y a qué distancia se encontraba del lugar al que se dirigía. Hacía tiempo que no venía por acá.

Subió el cierre de su abrigo y guardó las manos en los bolsillos. Rozó del lado derecho un papelito abollado, seguramente el envoltorio de alguna pastilla o el ticket de alguna compra. Al llegar a la esquina dobló a la izquierda y apuró el paso.

La calle estaba vacía, aunque bastante iluminada debido a la luna llena y el cielo despejado. Pensó en el ruido que hacían sus zapatos al caminar y en lo peligroso que resultaba transitar por allí a esas horas.

Unos metros más adelante distinguió la silueta de un gran perro que, aunque profundamente dormido, temió despertar. Cruzó entonces de vereda, y cortando diagonalmente la calle se pasó a la mano de enfrente. Luego de unos pasos se detuvo, ya que debía estar cerca. Trató de divisar las numeraciones de las casas pero los carteles se encontraban mayormente despintados.

Forzó la vista. La placa de la casa más próxima se le tornaba ilegible, dirigió entonces la mirada hacia una más lejana: 3743. “Es en la cuadra siguiente”, se dijo.

Reanudó el paso, ya caminando más despacio.

En un papelito arrugado, arrojado a un costado de la vereda, y que una mujer la cual no había dormido lo suficiente la noche anterior barrería la mañana siguiente, se dejaba leer la dirección de una vivienda.

OCASO

El paso de Astargo se detuvo frente a una casa de pequeñas ventanas que contrastaban con la gran puerta de madera oscura. En el silencio de la noche, las luces de un auto que dobló en la esquina iluminaron brevemente una serie de árboles, gestando ramificaciones vivientes que rápidamente se movieron como resultado del tránsito de la luz, deformándose y armando combinaciones diversas. Astargo se estremeció al ver proyectarse contra la fachada de la casa la extraña película y pensó en un mal augurio. Respiró hondo y apoyó los nudillos en la puerta: dos golpes y una espera. En el interior de la vivienda se oyeron ruidos. Conforme la puerta crujía al abrirse, la luz que daba la luna fue iluminando un rostro.

Hay personas en las cuales el tiempo actúa de formas extrañas. A Astargo le costó disimular la impresión causada por la imagen de Laura, hija de Fernando Morroes. Largos mechones de pelo alborotado contorneaban un rostro pálido y cansado. Por lo que suponía, esa mujer no podía pasar los cuarenta años, sin embargo su aspecto descuidado le sumaba unos lustros más. Podía adivinarse en su mirada la situación que en breves segundos Astargo encontraría dentro. Las pupilas azules de Laura (lo único vivo que parecía conservar) brillaron

en la luz de la noche dando la impresión de una engañosa inmortalidad, como sucede con las estrellas. Su fatiga, sin embargo, opacaba todo lo que poseía. Una breve mueca y el movimiento de una mano le indicaron al recién llegado que podía ingresar.

En el trayecto hacia la habitación la mujer no habló. El ruido proveniente de las maderas del suelo y la respiración al fondo de la casa disimularon el silencio. Laura hizo ingresar a Astargo a un cuarto chico, vacío y poco iluminado, donde sólo había una cama, un ropero viejo y una mesita de luz con varios medicamentos y una radio. Fernando Morroes, acostado y tapado hasta la nuca, les daba la espalda. Su hija lo tocó en el hombro y éste lentamente se giró, despertándose.

—Cualquier cosa estoy en la cocina —la voz de la mujer sonó dulce y clara, incongruente con su imagen—. Cierro la puerta.

—¿Qué hacés, viejo! —esas tres palabras eyectaron a Astargo a su adolescencia, a las noches interminables fatigando calles, amistades comunes y cigarrillos a escondidas.

—¿Cómo estás, negro? Perdoná la hora, es tarde.

—Gracias por venir.

—Es que estoy sin teléfono, la nota me llegó tarde... Va, me llegó bien pero la vi tarde, y no quería dejar pasar más tiempo —y se arrepintió rápidamente de esas últimas palabras—. Igual bajé del colectivo a tres cuadras y el barrio está tranquilo.

—Nunca se sabe. Supongo que te habrás enterado, pasan cosas cada tanto. La gente habla poco de eso, hay que cuidarse.

Eran frases cortas, sin demasiadas gesticulaciones. Morroes hablaba despacio e intercalando pausas, parpadeando repetidamente. Lo poco de cuerpo que aún lo contenía parecía no acompañarlo en lo que verbalizaba.

La charla no duró demasiado. Astargo trató de que su amigo hablara lo menos posible, ya que eso implicaría tocar ese foco irreductible que era la enfermedad que lo estaba consumiendo. El recurso fue el pasado, y ni el oscuro presente ni el futuro terminal pudieron ingresar esa noche a aquella habitación, por lo menos durante el lapso en que ambos rememoraron los años de juventud transcurridos juntos. Astargo se sintió conforme de haber podido viajar a la ciudad para ver por última vez a Morroes.

La puerta se abrió. Laura entró, y con ella un aroma a café que inundó el lugar, disimulando brevemente la humedad y el encierro que concentraba esa habitación. Le dejó una taza a Astargo.

—Pensar que veíamos a los grandes en los clubes... — comenzó Morroes.

—Sí, tomando café —se le adelantó Astargo—. Queríamos crecer, ser como ellos, usar pantalones largos y pasarnos las tardes discutiendo de fútbol o política en una mesa con otros, aunque no teníamos ni idea qué era ser de izquierda o de

derecha. El Gordo Marrantes los dibujaba siempre en los recreos, ¿te acordás? Los hacía altos, de piernas largas, algunos con bigotes, otros con sombreros. No sé de dónde sacaba lo de los sombreros, ya se habían dejado de usar para esa época, eran más bien una cosa vieja.

—Siempre imaginaba el Gordo -rió Morroes, tosiendo.

—Siempre es al revés, ¿no te parece? Unos inconformistas. En ese entonces nos moríamos por ser adultos. Y ahora, fijate, adultos y anhelando ser chicos otra vez -y nuevamente se arrepintió de sus últimas palabras.

—¿Qué se le va a hacer! Mirá cómo estamos todos viviendo acá, en el culo del mundo. ¿Quién va a querer hablar de otra cosa... que de cuando éramos pibes?

—Y pensar que crecimos un poco y se despelotó todo. Lo del cambalache de este siglo ya se venía diciendo hace bastante, ¿no?

—¿Qué tanguito ese! ¿Pongo... algo?

—Dale. Como hacíamos siempre. Yo me encargo.

Astargo prendió la radio y sintonizó una frecuencia de tangos. Subió el volumen. Era mejor atender a la música, callar, tratar de no pensar. Que se escuchen solamente las voces de quienes puedan usar mejor las palabras que aquellos dos en esa habitación, donde ya no había más nada de qué hablar.

La música de la radio interrumpió los pensamientos de Laura, sentada en la cocina. Cuántos años sin verlo. Estaba grande pero se mantenía fuerte. Siempre le había llamado la atención algo de él, no sabía muy bien qué. La estatura, la forma de caminar, la mirada profunda; el cuerpo, el alma, o tal vez todo eso junto, nunca había podido explicárselo. Recordaba bien sus manos, grandes y firmes, que tanto la habían jugado de chica. “La vida es pura inercia, uno va para adelante o más bien es llevado, y sin embargo ahora, esta noche después de tantos años, un punto que emerge, un salto en el tiempo o por el contrario, algo como una pausa, un aplazo en lo corriente”, se dijo.

Suspiró. Qué le quedaba sino suspirar. Se recordaba a sus quince, dieciocho años, tan entusiasta, llena de vida. Tan linda, la piel suave, el pelo bien cuidado. Cuántos hombres la habían soñado en aquel entonces, cuántos la habían deseado. Cuántos la habrían querido para formar una familia, cuántos para arrancarle la ropa en un primer encuentro. Quién entre todos ellos hubiera logrado hacerla feliz. Quién, por el contrario, la hubiera engañado, dejado, lastimado. Laura se divertía pensando en todo eso, pero sabía que eran meras ensoñaciones.

Su vida era la de una típica infeliz, conjeturó. Nada de originalidad en su tragedia. Una más, un personaje prototípico. Pero eso sí, con algo oculto, lo único que consideraba la mantenía con vida, que avivaba esa llama que le permitía seguir existiendo. ¿Alguien, quizás alguna vez, lo habría sospechado o, por lo menos, imaginado? Le gustaba saber que contaba con algo que no compartía con nadie más que consigo misma. No era entonces ordinaria, y quizás se rectificó: algo la salvaba de la vulgaridad.

¿Podría haber sido distinta su vida? ¿Cómo luchar contra ese deseo? ¿Cómo luchar contra eso y a la vez ser feliz?

Pero Astargo, Astargo era otra cosa. Él fue antes que todo lo otro.

Tantas tardes haciendo lo mismo. Y cada una, sin embargo, tenía algo de renovación, de recomienzo. Pero siempre, eso sí, sobre un fondo común. Era aquello que la sostenía. Rememoró los pasos en su cabeza y sonrió, pero volvió a pensar en Astargo en la habitación de al lado y se preguntó cómo encajaba él en todo eso. Evidentemente no lo hacía. Evidentemente era otra cosa, algo superpuesto pero de otro orden.

No había forma de conjugar ambas cosas. No.

Fernando Morroes se entredormía. Era tarde y Astargo se sentía fatigado; había descansado poco en los últimos días y prefirió retirarse.

–Me voy, viejito. Tenés que dormir.

Morroes abrió los ojos, sobresaltado.

–No, no. Es tarde, quedate a dormir. Te vas mañana. Ya demasiado venir... a esta hora.

–No hay problema, sé cómo volver. No quiero molestar. Estaba tranquilo el barrio realmente. Ni los perros se mosquearon.

Morroes insistió, y Astargo terminó cediendo para no contrariarlo. No era de su agrado dormir en esa casa, pero en definitiva su amigo tenía razón. Laura le prepararía la cama en un cuarto contiguo y se iría en unas pocas horas, al amanecer.

–Pasá a saludarme cuando te vayas, eh.

Astargo asintió. Se levantó y llevó la taza de café a la bacha de la cocina. Laura lo acompañó a la habitación.

–Entro a las 8 a trabajar. ¿Querés que te llame a alguna hora? –le preguntó ella.

–Golpeá la puerta cuando te levantes.

Laura asintió. Astargo le dio la espalda e hizo un ademán como para empezar a desvestirse. La mujer, sin embargo, permaneció en el cuarto, inmóvil. Él se dio vuelta y Laura se le acercó. Le costaba sostenerle la mirada, ver ese rostro marcado por el paso del tiempo y las circunstancias de la vida. Más lentamente, ella volvió a acortar la distancia. Ambos se encontraban a escasos centímetros de distancia. Una mano suave y delicada se apoyó en la mejilla de Astargo, acariciándole la barba de unos pocos días. El hombre retrocedió. Lo siguiente fue breve: Laura rió por lo bajo y se alejó, marchándose. O al menos eso fue lo que Astargo recordó que había sucedido.

Poco después el huésped reposaba boca arriba, con un brazo debajo de la almohada. Sabía que no dormiría demasiado. Escuchaba a Laura moverse por la casa y luego cerrar la puerta de su habitación, dejar el calzado en el suelo y prender la luz del velador. Cada mínimo detalle era perfectamente audible en el silencio de la casa.

Dudó sobre permanecer en la ciudad o regresar. En definitiva, no había demasiado para hacer en ninguno de los dos lugares. Quizás probara unos días más allí para volver a ciertas zonas que hace tiempo no volvía. Pero para eso era menester buscar un hotel más barato que aquel en el cual se estaba quedando. Y aún antes, retirarse de esa casa en cuanto salga el sol.

Las agujas del reloj se aproximan a las 2:20. La casa está fría, como en todo momento del año. La canilla de la cocina gotea espaciadamente sobre una pila de platos sucios. Tres personas ocupan tres cuartos. En el primero un hombre duerme, aunque cada tanto lo despertarán ataques de tos. Tiene un vaso con agua al costado de su cama y los remedios necesarios. En otra habitación, un hombre mira la oscuridad. Le costará dormirse esta noche, pero está advertido. Dubitativo, cambiará de posición varias veces en la cama y suspirará. En el tercer cuarto, una mujer se mira en un espejo. Recorre su cuerpo con las manos como pretendiendo encontrarse; la estela que trazan sus ojos se asemeja a una lenta caricia. Pesa sus senos, se despeina. Está en ropa interior y poco parece importarle el frío. Su sexo le late, recientemente penetrado. Se acuesta. Al igual que a la segunda persona, a ésta también le costará dormirse. Lo logrará cerca de las 3.40 de la noche.

INTENTOS DE RESARCIMIENTO

Los negocios abrían lentamente sus puertas y la circulación de gente comenzaba a manifestarse. Las veredas se ocupaban por pisadas y carteles que exhibían diversos precios y promociones, mientras que los primeros canillitas en los costados de las calles le daban voz a las noticias del día, acompañados por el ruido del motor de los autos.

En definitiva, la ciudad se ponía en marcha pero Astargo se encontraba muy lejos de todo eso. Se sentía afebrado, había dormido poco y mal, y sólo podía pensar en la noche anterior. Esquivaba las personas sin mirarlas, ajeno a las calles por las que transitaba.

Había optado por irse antes de que Laura lo despertara, sin saludar a Morroes. Era la única posibilidad. Ella lo había desconcertado; de su amigo, lamentablemente, no se podía esperar demasiado: el pronóstico médico era contundente. Se alegró, por lo menos, de haber podido verlo. Había tenido que viajar, algo lo impulsaba a volver a la ciudad después de tanto tiempo.

Se vio internándose en una calle de casas bajas y decidió frenar en un bar. Estaba sin comer desde hace más de doce horas; pidió un café y unas medialunas y paseó la mirada por las

hojas de un diario que no le interesaba demasiado. Si bien la mañana se anunciaba fresca, Astargo sentía algunas gotas de transpiración caer por su cuerpo y trazar sutiles recorridos.

Desayunó lentamente, pretendiendo entretenerse con la gente que cruzaba por el gran ventanal. El café, las medialunas, tantas veces, tantas mañanas en bares o casas ajenas, en situaciones diferentes durante tantos años, pero esta vez esa mañana era una noche, era la noche anterior, era Morroes y era Laura.

Astargo se sobresaltó al escuchar estrellarse un vaso contra el suelo, el cual se había caído desde la bandeja que transportaba un mozo. Pensó en cómo eso había roto la quietud de la mañana, el altercado que trastoca el devenir matutino, Astargo yendo a una casa que no visitaba desde hace años y prestándose a una lógica que no era sino la de sus habitantes. Pensó en lo rutinario del trabajo del mozo, en otros vasos caídos y en los amaneceres con pocas horas de sueño encima.

El mozo miró a Astargo como pretendiendo disculparse, lo cual no revestía importancia: al rato eso sería olvidado y la mañana seguiría, impávida. Él se iría de la ciudad, Fernando Morroes moriría y Laura envejecería sola en una casa llena de recuerdos. Un nuevo vaso se compraría, pero quizás el café luego desaparezca y el mozo deba buscar otro lugar donde trabajar. Astargo también envejecería, y ya no recordaría la cara

del mozo que lo miró como pretendiendo disculparse una fría mañana de mayo.

Una mujer con un cochecito entró al café. Llevaba un bebé de algunos meses que dormía abrigado por una manta, cubriéndolo hasta la boca como un océano celeste. De la parte superior del cochecito caía una suerte de arco-sonajero que daba la impresión de una feria ambulante, de un mundo de circo en miniatura en el cual colgaban diversidad de objetos. Astargo podía ver su rostro (la mujer se había sentado en una mesa próxima a la suya): una respiración leve, un esbozo de sonrisa. Cuánta inocencia, tan diferente al mundo que lo rodeaba y del cual conocía tan poco. Tan nada y tan todo en potencia. Y sin embargo, en esa vida que latía corría pareja la muerte, que había comenzado en el mismo momento que aquella. Astargo pensó en todo lo que realizan los hombres para pretender salvaguardarse de la muerte, esquivarla, postergarla o, por el contrario, enfrentarla, creer encontrarla en todo lo que hacen, sin saber que eso no depende de ellos: siempre la llevan consigo agazapada, a la espera de un último acto. Traer hijos al mundo es darles una vida pero además prometerles una muerte; esas promesas siempre se cumplen, uno es consciente de eso y eso produce sus efectos.

—Tiene cinco meses —dijo la mamá—. Se llama Lucianito.

Astargo levantó el rostro. Comprendió que había estado mirando al bebé durante algunos segundos, y la madre le atribuyó un interés por la criatura que evidentemente no poseía. Se limitó a sonreírle y asentir, volteó la cabeza y se dirigió nuevamente al diario.

“Los exhiben como si fueran trofeos”, conjeturó Astargo. “Sus vidas son miserables y piensan que un hijo se las va a arreglar. No saben a lo que los condenan”.

Un hombre desayuna en la cocina de su casa. Mientras lo hace piensa y mira el estado de la misma. “Debería limpiar un poco”, se dice. “No tengo tiempo”. Hoy, por lo menos, no lo hará. Se engaña, sin embargo: tiene tiempo pero no ganas. Entre sorbo y sorbo de café se viste con un traje gastado. Piensa en la partida de su mujer y la añora. Extraña despertarse a su lado, verla circular por la casa tan radiante y sencilla como siempre lo había sido.

Las cosas se habían desmejorado notablemente. Él sabe que está en una suerte de depresión, no hace falta que se lo diga un médico. La botella de whisky que durante mucho tiempo había permanecido en la repisa sin ser abierta se había vaciado en una semana y unos días, y pronto la habían reemplazado otras, que se fueron terminando cada vez más rápidamente. Piensa y sabe que no está bien, que no es la solución. Pero tampoco ve demasiadas alternativas. Algunos se matan, piensa, otros se recuperan rápido, él bebe. Ya va a salir del pozo; se tiene confianza aunque el proceso será lento y doloroso. Extraña el cariño de su mujer, que solía impregnar la casa hasta en los elementos más nimios. Termina el café y se guarda una petaca

de whisky en el saco. La extrae, sin embargo, para un último trago y ahora sí, la guarda definitivamente para poder salir.

Hay impuestos que pagar y no tiene mucha plata. El trabajo disminuye y la abogacía no le está dando las satisfacciones de otras épocas. Piensa que si todo sigue igual esta semana tendrá que ir a la casa de su mamá a pedirle prestado un poco de dinero; actividad que debió empezar a realizar hace algunos meses no sin cierta vergüenza.

Mira el cuadro en la repisa, la foto del casamiento ya casi treinta años atrás. Cuánta soledad habita en la casa, cuánta mugre y dejadez. Cuánta soledad habita en una casa donde no habita una mujer. Las plantas se habían secado lentamente, de a una. Como las botellas de whisky, que se terminaron, o los anhelos de que ella regrese algún día. Mejor irse, piensa. Se pone la bufanda y baja a la calle.

La vuelta al centro fue rápida ya que el colectivo pasó enseguida. Astargo se subió y se ubicó al fondo, apoyando la cabeza contra una ventana, meciéndose al compás del transporte. Se entretuvo con el paisaje de edificios, negocios y veredas. Decidió bajar unas cuadras antes de lo esperado, ya que no recordaba la dirección exacta del hotel y no quería que el colectivo se desviara. Prefirió preguntar a alguna persona y caminar.

Tocó el timbre del colectivo en una zona de oficinas administrativas. Junto a él descendieron tres hombres vestidos de traje, prolijos y perfumados. Astargo sólo pensaba en llegar a su habitación y dormir toda la tarde. Caminó algunas cuadras, esquivó la descarga de un camión en una obra en construcción y se frenó para preguntar por el hotel en una despensa. Un primer paso para entrar y una voz que lo detiene.

—¡Astargo! Astargo, ¿sos vos?

Se dio vuelta y lo vio. Mauricio Arenales, compañero de la facultad. Más delgado, más barba, menos pelo pero en definitiva, el mismo de siempre. “El pesado”, como lo llamaban en las épocas de estudio a sus espaldas: exagerado, inquieto, charlatán. Habían tenido sus diferencias en el pasado, pero

Arenales era de aquellos que vivían siempre en el eterno presente, y a juzgar por su rostro estaba sumamente contento de verlo. Se le acercó y lo abrazó.

—¿Qué hacés? ¿Cómo andás? ¿Te viniste a vivir acá y no avisaste? Uno se queja de esta ciudad pero siempre termina volviendo, me parece que vos no sos la excepción.

Sí, era el mismo de siempre. Jocosos, expresivos y, en este caso, sacando conclusiones equivocadas.

—Hola Mauricio, ¿cómo estás? —pretendió un mínimo de simpatía—. No, no, vine por unos días nada más.

—Y elegiste la época para hacerlo, che. Está difícil acá. Hay que andar con prudencia de día, ser cuidadoso de noche, salir poco. Pero bueno, vení, vamos a tomar algo. En realidad estamos más cerca de almorzar que de tomar algo pero no importa, acompañame primero a mi casa, vivo acá cerca. Dejo unas cosas y salimos.

—¿Estás laburando?

—Laburando, lo que se dice laburando... Sí, trabajo acá, justo estaba por entrar —señaló un edificio viejo—, pero no importa, un día que no venga... tampoco tengo muchos clientes. Hay miles de razones para necesitar un abogado en estos días pero nadie se arriesga, viste. La gente anda con miedo y prefiere dejar las cosas como están. Bueno, algo habrás escuchado seguramente. Telefono desde casa y aviso que no vengo, no hay problema. Vení, seguime.

Astargo visualizó la cama del hotel y se frotó los ojos. Lo acompañó con pesadez. Cuatro cuerdas después estaban en un departamento oscuro, de aspecto abandonado. Sabía que Mauricio se había casado, pero el estado de ese lugar no daba un buen indicio del destino de ese matrimonio. Vio varias macetas con plantas secas. Decidió no preguntar, sin embargo su compañero no tardó en mencionar el tema.

—Me dejó mi mujer, viejo. Estaba con otro tipo y bueno, prefirió decírmelo y dejarme a seguir manteniendo una situación insostenible. Está bien, no la condeno. Se portó muy bien conmigo todos estos años. De esto ya hace un tiempito. Vení, sentate, tomate un whisky conmigo.

Eran las 11 de la mañana. Por cortesía Astargo decidió aceptar. Dos minutos después estaban sentados en los sillones del living, mientras Arenales volcaba un extenso monólogo sobre los últimos años de su vida, el dolor de no haber podido tener hijos, el trabajo y su mujer, fundamentalmente su mujer, que se repetía constantemente en su relato. Al primer whisky le siguieron dos más en el vaso de Mauricio, mientras que Astargo sólo lo había acompañado con un segundo, que aún no había comenzado.

—Vení —se paró de pronto Arenales, trastabillando—. Vamos a un lugarcito que yo conozco. No muy caro, buena atención, las mujeres son increíbles y te hacen olvidar cualquier problema.

“Piensa que coger a esta hora le va a solucionar algo”, pensó Astargo, y se divirtió con la ocurrencia de Arenales.

—¿A esta hora? No es ni el mediodía, ¿están abiertos?

—Esta ciudad guarda muchas sorpresas, Astargo. No son muchos en este horario, claramente, pero creeme que los hay. Y sabé que también va mucha gente. Es más fácil engañar a tu mujer en horarios laborales que de noche, por ejemplo.

Nuevamente Astargo se encontró haciendo un camino inverso al deseado, cumpliendo una voluntad que no era la suya. Se sentía cansado pero se dejó arrastrar por Arenales. A las pocas cuerdas entraron en un mundo de colores intensos pero luces tenues, y un vapor sofocante que confundía los espacios y las personas.

—Pasá por ahí —Mauricio indicó una puerta—. Te dejo la mejorcita. Yo pago. Vas a ver que no te vas a arrepentir, después me contás.

Astargo ingresó. Una chica joven estaba de espaldas, en ropa interior. Al escucharlo entrar se dio vuelta, exhibiendo su cuerpo. Se acostó en la cama y lo miró. Astargo se sobresaltó: era la mamá del café, que se sacaba lentamente la ropa restante y le mostraba el pubis, invitándolo a acercarse. Rió para sus adentros y recordó la frase de Arenales: “esta ciudad guarda muchas sorpresas”. Sí, efectivamente era cierto.

Unos minutos más tarde, enredado en un juego de calor y perfume barato, Astargo, sin demasiada motivación, penetraba a

esa mujer con el pene levemente erecto. Recordó al bebé durmiendo. “Tiene cinco meses. Se llama Lucianito”.

FORMAS DE SER, SOSTENERSE Y EXISTIR

Las campanas marcaban el inicio de la misa de la tarde. Laura podía ver por la ventana los pájaros que, asustados por el ruido, huían volando de las ramas donde habían estado posados segundos antes. Para ella ese sonido también implicaba alterar su comportamiento, pero operaba en tanto señal de otra cosa. Dejó lo que estaba haciendo y se levantó de la silla.

El abrigo, el paraguas, la pollera: complementos necesarios en función de la estación del año o la especificidad del clima. El perfume: siempre. El beso a papá, que a veces estaba dormido y otras veces despierto. Ninguna pregunta. La caminata hasta la avenida. Esperar el colectivo indicado, luego de haber elegido el recorrido.

Si bien las cosas empezaban a nivel del trayecto, lo esencial se desenvolvía una vez llegada a la plaza. Laura lo pensaba en términos de miradas y colores, si debía nominarlo de alguna forma. Algo así como un caleidoscopio, palabra que siempre le había gustado. Pero primero, entonces, el colectivo. Subirse, elegir un asiento. Buscar con la mirada aquello que llame la atención. Cabalgar los ojos en torno a las otras miradas, las ropas, los gestos. Detenerse en los cuellos, en las formas de las manos. Los habitantes de la ciudad que tanto amaba y odiaba.

Pero en definitiva todo esto era un preludio y terminaba siempre más o menos pronto.

Bajarse del colectivo en o cerca de la plaza elegida. Buscar la sombra o el sol, seleccionar el banco y sentarse. Cruzar las piernas.

Inicio: entregarse a la actividad de verlas pasar. Le fascinaba la idea de ser una espectadora externa, de sentir estar viendo los personajes de una película. Tan distinta a ellas en las razones. Para todas esas mujeres que caminaban por la plaza o por una calle aledaña, aquello era un lugar de pasaje: iban al trabajo, volvían de la Universidad, paseaban al perro, llegaban tarde a una cita o llevaban a sus hijos al parque. La plaza podía ser bien un negocio o una casa, en nada modificaba el asunto. En definitiva, una parte del recorrido por hacer. Para Laura, en cambio, la plaza era el fin en sí mismo. O ellas, pero en definitiva la plaza: sabía que algo tenía que ver el lugar, que la escenografía no era secundaria.

El momento se desenvolvía: Laura estaba por ella y por ellas. Por apreciar la estética y la sensualidad que esas mujeres desprendían. No la apuraba un horario, no esperaba a nadie: buscaba la polisemia de figuras, la diversidad de elecciones de ropa, las formas de caminar, los gestos. Se dejaba ahogar por un mar de objetos y colores.

Le resultaba atractiva la idea de la belleza cotidiana, de la mujer del día a día. De personas que tal vez estaban apuradas,

que iban vestidas con ropa de trabajo o de entrecasa. Sabía que en definitiva no había otra belleza más que esa.

Las seguía con la mirada. No eran todas equivalentes: las había lindas, poco femeninas, más cuidadas, menos frágiles. Las más interesantes requerían más atención, claro está, y Laura sentía un cosquilleo recorrer su cuerpo.

Partiendo de lo que veía imaginaba sus vidas. Concebía personalidades, reacciones, actitudes. Le gustaba esa asignación de nomenclaturas, ese juego de suposiciones.

La vuelta a su casa marcaba el cierre. Trataba de recordar el orden, la cantidad. Privilegiaba aquellas que más le habían gustado y se sentaba en su escritorio con lápiz y papel. Las dibujaba, deteniéndose en sus ojos, en las expresiones de los rostros. Se demoraba en los detalles como si su vida dependiera de eso. Solía tirar decenas de hojas que no le gustaban, empeñándose en hacer retratos lo más similares posibles. Sentía que era la encargada de dar existencia a los fotogramas de la película que acababa de observar. Curiosa forma de concebir la causalidad: creaba los elementos que posibilitaban el desarrollo de algo que preexistía a esos dibujos.

Solía escribir palabras a los márgenes, buscando aquellas que sonaran elegantes y poco corrientes. Anotaba: “furtiva”, “clepsidra”, “apócrifa”, “diáspora”, “remota”. Las tomaba prestadas de los versos de Borges, transcribiéndolas muchas veces sin saber bien qué significaban, como pretendiendo

adjetivar a esas mujeres con palabras que no siempre, intuía, eran adjetivos. Como si esas mujeres pudieran ser objetivadas.

Sin importar el correr del reloj, llenaba cuadernos de rostros, facciones, abrigos y palabras armando colecciones, pequeños catálogos. Buscaba forzar la memoria, recordar detalles, sensaciones percibidas.

Sin cumplir todavía cuarenta años, Laura llevaba casi dos décadas haciendo lo mismo. Nunca había estado sola: todos esos dibujos eran su compañía. Como las formas del empapelado de su casa, todas esas imágenes, inmóviles pero eternas, existían con ella.

ASOCIACIÓN DE LAS IDEAS

Una fila de hormigas recorría el empapelado de la pieza del hotel donde Astargo se alojaba. Las flores que lo adornaban habían perdido su color original y varias manchas de humedad brotaban en puntos diversos, removiéndolo el papel. Recordó una escena de “Un perro andaluz”: esa mano incrédula de donde surgían decenas de hormigas, que luego se corrompía arrojándose furiosa a los senos de la protagonista. El busto con ropa se transformaba en pechos desnudos, y éstos en dos nalgas. La inicial resistencia de la mujer y la actitud pasiva luego le hizo pensar en sus padres, y en esas imágenes que tan cotidianas se habían vuelto en la casa donde Astargo se había criado. En su cabeza retumbaba la persecución del padre, los gritos, algunos golpes, el ruido de su madre chocando contra la pared, y luego el silencio. Un silencio que nada tenía de silencio, que como tal no paraba de vociferar cosas. Pensó también en la mirada de su hermano más grande, en la tristeza de esos ojos que comprendían más que Astargo pero que igualmente nada podían hacer, tan sólo tomarlo de la mano y salir a la calle. Toda esta escena, sin embargo, nada tenía de surrealista, pensó. No había allí arte, creación: era la miseria misma donde había crecido.

Su vida de joven no había sido fácil. No se recordaba a sí mismo habiendo sido feliz. Si forzaba momentos, podía pensar en la primera vez que conoció el mar, el día en que su tío le regaló un perro, a lo sumo alguna navidad. Concibió que tal vez las cosas bien podrían haber sido distintas. Se recordaba risueño e idealista, y sobre todo bastante curioso, pero la vida lo había torcido, volviéndolo intolerante y austero. Había estado Ana, por supuesto, y Astargo, acostado en la cama, sonrió como siempre que la evocaba. Y como tantas otras veces, lo bueno había sido breve. Ana había llegado a los dieciséis años para ser una fiel compañera de los sueños en los que Astargo estaba sumergido a esa edad. Recordaba los primeros cigarrillos y las tardes compartiendo ideas y paseos por la ciudad. Las noches en las cuales Astargo se escapaba de su casa para verla estaban llenas de libros, sábanas y ensueño, finas hebras que todo lo coloreaban. Luego le siguió la mudanza de la familia de Ana a una ciudad a más de 500 kilómetros, y Astargo no volvió a verla. De allí en más sus años pasaron rápidos y monótonos.

Las hormigas marchaban enloquecidas. Astargo sentía la pesadez del clima, la humedad en el aire. Se aproximaba una tormenta.

TRANSICIÓN

Un punto se arma, se infla, se condensa de elementos.

Un día se desestabiliza.

Por leyes propias de la física, estalla.

BREVE CONSIDERACIÓN SOBRE LA ANGUSTIA

El hombre ha sabido ganarle territorio al mar. Ahora bien, como reverso de esto, la angustia es la ganancia de ese mar sobre el cuerpo propio. Embate que desdibuja las certezas y los recorridos, la angustia aparenta provenir del exterior y sin embargo se desarrolla como una proliferación interna, una putrefacción que devora el alma y derrite arterias y ligamentos. Si bien muchos teóricos de la angustia concuerdan en que ésta siempre parte desde abajo, es decir, subiendo como el humo de una pira de fuego o un río durante una crecida, consideramos que las especificaciones interior-exterior o abajo-arriba devienen estériles. Remo Erdosain, por su parte, se la figura como una nube plana que se desplaza guillotinando gente, pero que se genera a partir del sufrimiento de los hombres. Curiosa manera de jugar con la idea de que está por fuera de las personas pero que no se origina sino por ellas.

Es menester aseverar que la angustia nunca desaparece, lo cual genera una consecuencia lógica: tampoco podría aparecer. Es más prudente advertir que se la lleva como a una sombra, es decir: pegada a nuestros zapatos, y que la perspectiva, en todo caso, podrá acrecentarla o disminuirla. Optamos por desviar la mirada o entretenernos con divertimentos pero igualmente sigue

allí, y esquivarla no es una posibilidad. Como una lluvia en el desierto, no hay reparo, y esas gotas de las cuales sentimos el impacto sobre la superficie de nuestra piel no son más que el espejo de los agujeros que vacilan en nuestro interior.

El rebajamiento de la angustia no es sin consecuencias; en definitiva, el mar se retira pero siempre resta una franja húmeda, el *laisse* que fascina a Quignard. Como tal, la angustia es inamovible e infragmentable, bloque de cemento gris que no deja más posibilidades que ahogarse en oleajes de pensamiento llenos de espuma y basura, cigarrillos por la mitad o alcohol barato.

Cada persona debe vérselas con su angustia (ya que si bien ésta es común a todos, no por eso se vuelve compartible), y es por esto que pueden concebirse masas de gentes vagando por las calles con sus angustias particulares, identificándose las unas a las otras por el mero hecho de saberse sufrientes, gestando matrices comunes. Si se animaran a mirarse, verían que las angustias son dispares y así las reconocerían, por ejemplo, como inmensas o, por el contrario, desdibujadas y débiles, lo cual desembocaría en sentimientos de envidia, alivio o inferioridad. Los habrá quienes eviten establecer contactos porque poseen angustias pesadas y soporíferas, y caminarán con la mirada pegada al suelo no tanto por la densidad de las mismas sino por el afecto que suscitan. De las angustias también pueden establecerse nosografías, y un caminante con ojo clínico podrá

discriminar angustias opacas, angustias consolidadas, angustias travestidas, angustias pasivas, angustias abandonicas.

Ante todo, el acrecentamiento de la angustia alerta a las personas, y en algo de eso radica su importancia.

DEVENIRES

Un parque con gente, lleno de gritos y risas. Día domingo, sol y poco viento. Otoño, hojas caídas y árboles desnudos. En un banco, como inserto forzosamente en ese orden, como trasapelado o sobreimpreso en la escena, un hombre: Astargo, de negro, en contraste con la luz del lugar.

Van varios días de lo mismo. Astargo camina y camina las calles de la ciudad, fuerza encuentros, situaciones. Descansa, reanuda el paso. Come poco, duerme mucho. Repta por la urbe sin fascinarse por algo en particular.

Una pelota se le aproxima. Pertenece a unos chicos jugando próximos a él. Simula no verla. Dos nenes de siete años se le acercan. Lo miran, examinan los ojos extraviados y ríen por lo bajo. Piensa en la facilidad con que podría asustarlos y quién reiría entonces, pero decide sonreírles y devolverles la pelota.

Los juegos del parque están atestados de parejas jóvenes con sus hijos, mientras que en los bancos las personas mayores dialogan y comparten alguna comida. Observa la expresión de felicidad en los rostros, el intercambio animoso de palabras. Piensa, se ve y se siente ajeno. Y se jacta por eso, si es que jactarse es la palabra indicada. Imagina que la gente está contenta por cosas tan banales como el día soleado, el ser

domingo, la charla amena. Como si con esos entretenimientos pudiera disfrazarse la mierda compartida, la miseria en donde todos se hunden. No concibe una evasión tal, piensa a la gente como ridícula, infantil. Es en ese momento que siente las risas como algo pegajoso que debe sacarse de encima. No es diferente a los demás, sólo está mejor situado que el resto.

Se levanta y camina, fatigando calles vacías. El sol comienza a esconderse. Mejor, piensa. Mejor no ser visto, pasar desapercibido. Ser lo mismo que todos: nada. Se entretiene con el diseño de las veredas que pisa, pateo la basura que encuentra. Juega a no mirar al cruzar en las esquinas, a que los autos lo esquiven.

Circula cerca de una autopista que no reconoce. No sabe si ya existía en la época en que estudiaba en la ciudad. Ve unos linyeras durmiendo, tapados con pilas de frazadas sucias y deshilachadas. Se pregunta en qué medida sus vidas pueden considerarse peores que las de las personas que viven bajo techo, que poseen una familia o propiedades. Piensa en las obligaciones del hombre promedio, que nada tienen para ser envidiadas por aquellos que han quedado al margen de la sociedad. Hay en la mendicidad, además, una filosofía de vida; despojarse de todo ya ha sido practicado con resultados diversos desde los remotos griegos.

La gente esquiva a los mendigos como si la carencia fuese una enfermedad contagiosa. Carencia de qué, se pregunta

Astargo. Les supone una enorme ventaja: estar al costado de la vida, así como en ese momento están tirados al costado de una calle. Entonces piensa que él también es uno de ellos.

Habría que revisar estadísticas (duda que existan) que comparen los índices de suicidio de los linyeras con los de la gente corriente. ¿Qué fuerza a los primeros a seguir existiendo? Dubitativo, Astargo piensa en acercarse. Finalmente lo hace. Puede interesarse por ellos, se dice. Sería uno de los pocos, quizás el primero. Se inclina y les habla. Los linyeras lo miran con ojos inciertos, sumergidos en el espesor del alcohol y la modorra. Despiden un fuerte olor a orina y mugre. Son tres, y poco parecen escucharlo. De forma muy directa, Astargo les pregunta por qué no se matan. La pregunta parece no sorprenderlos, no manifiestan ninguna reacción y sólo continúan observándolo.

La respuesta nunca adviene, a pesar de la insistencia de Astargo. Pero mira a un costado y ve un perro tirado, muerto. La sola visión lo impacta como un golpe seco en la cabeza. Lo rodean moscas y gusanos que se generan sobre lo carcomido del cuerpo. Es la muerte que existe en la vida, la podredumbre que se produce hasta la final desintegración. Los ojos del animal brillan por efecto de las luminarias y Astargo siente arcadas, pero no es por la impresión de la imagen sino por lo que ésta suscita: rememora y se retrotrae. Ahora la frase llega invertida: “¿por qué no te matás vos?” Las imágenes se entrelazan, parecen

tejer hilos contaminados en su memoria, le comprimen el cerebro y le astillan los párpados. Siente algo punzante en todo el cuerpo, pero no es una sensación verdadera: es el recuerdo. De pronto recibe un sacudón. Se mira y se ve tirado en el suelo. No sabe cuándo cayó. Los hombres han comenzado a acercársele. Siente el tirón nuevamente: le quieren robar el saco. Pedírselo, robárselo, lo mismo da. No tienen nada, sólo frío. Y el perro muerto allí al costado.

Astargo comienza a correr. Ya vio a ese perro, y eso es lo terrible. No es el mismo, claro está, pero en definitiva es el perro. Los mismos ojos brillantes, el mismo pelaje, la carne a la intemperie. Y la escena empieza a correr en su cabeza, como si alguien (que no era él) la hubiese puesto en marcha. Escindida, acorazada, a la espera de otro perro que sea un lazarillo para poder vivenciarla: Astargo golpeando la misma puerta que hace unas semanas atrás, la misma puerta pero más de veinte años atrás. Una Laura pequeña, de trece, catorce años que lo recibe, sonriente y hermosa. “Mi papá no está, pero podés pasar y esperarlo”. Adentro, un impulso: ambos contra la pared. Astargo arranca los botones de la camisa de Laura de un tirón con una mano, e introduce la otra en su ropa interior. La niña tiene un rostro asustado, pero permanece rígida y agitada. Astargo la besa en el cuello y siente el olor a infancia y después el asco. El asco de estar arruinándole la vida a una niña que nada entiende de eso. El asco de sentir los dedos húmedos, los

pelos rubios ahogando su rostro. Se asusta y sale corriendo de la casa en el preciso instante en que el sol encandila a un conductor que choca a un perro negro que cruzaba la calle y que viene a morir a sus pies.

Astargo piensa que los linyeras deben morir. Puede regresar y matarlos. No le resultaría nada difícil, demasiado atontados por el alcohol y la dejadez. Nadie se preocuparía por ellos, serían cadáveres sin identificación, y el acto sería un asesinato-suicidio. Imagina rociarles un bidón de nafta y encenderlos vivos, ver fundirse la piel con las capas de frazadas, la descomposición de las cuerdas vocales que dificultaría los alaridos de horror, el olor de los músculos incendiados. Pero nota una luz intermitente que viene de un poste de luz próximo y se detiene. La lámpara está por quemarse y parpadea cada vez con más dificultad. Piensa en Fernando Morroes, al cual aún le queda algo de vida. Entiende que todo eso configura una señal, aunque no sabe muy bien de qué. Mira nuevamente la luz. Esa intermitencia significa algo. “No, hoy no moriré”, se dice, y se retira. Se pregunta en qué rincón se alojan las risas que escuchó en el parque más temprano.

Laura regresa en el colectivo a su casa. Es prácticamente de noche y tiene las manos congeladas. Los guantes se le rompieron, debe comprarse otros. Siente que se adormece, pero sacude la cabeza: las imágenes deben mantenerse frescas. Seguramente pasará toda la noche dibujando.

Baja en la avenida, le restan caminar algunas cuadras. Cruza a algunos vecinos de toda la vida que saluda gentilmente. Llega a una esquina y de pronto se ve arrastrada contra una pared.

—Hola —Laura escucha la voz antes de poder distinguir un rostro—. Te estuve mirando. En la plaza. Ya sé lo que hacés.

Es una mujer más joven que ella, de menos de treinta años. Tras el pelo levemente ondulado asoman unos ojos claros y una boca deliciosamente roja. La mujer la sostiene firme, tomándola de los brazos, pero su rostro se mantiene calmo aguardando una respuesta.

—Te observé largo rato —continúa—. Te sentaste a mirar mujeres. Nada más que a eso, no hiciste otra cosa. Te gustan las mujeres, ¿no? No te detuviste en ningún hombre, y sin embargo contemplaste (porque esa es la palabra, contemplar) a todas las mujeres medianamente jóvenes y lindas que se te cruzaron. Me interesás, y por eso te seguí. Y me interesa lo que hacés,

también. Parecerá precipitado, pero no pude dejarte pasar. Me gustaría conocerte.

Laura permanecía sin hablar. Comenzó a sentirse asfixiada por esos brazos que la mantenían atrapada. Se movió para buscar soltarse, sin embargo la mujer continuaba reteniéndola.

—Tranquila. ¿Cómo te llamás? Yo soy Laura.

No pudo soportar la coincidencia de nombres. No podía verse en esa mujer que era otra pero que mucho tenía que ver con ella. Era un espejo fatal que se rompió en pedazos al mismo instante de constituirse. Y detrás de esa lámina de vidrio no había nada, salvo ella. Sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. Laura (la otra, la joven) interpretó de otra manera la situación (o quizás no le importó) y acercó sus labios para besarla. El contacto con esa boca, el olor a rouge y perfume le produjeron arcadas. Se soltó, la empujó y salió corriendo.

Sintió alivio cuando colocó su mano sobre el picaporte de la puerta. Ya estaba en casa. Al entrar, cerró y se apoyó contra una pared. Sentía sus manos temblar, el estar dentro de un cuerpo que no podía sostenerse en pie, que no era sólido y se volvía incapaz de contenerla. Se apresuró a encerrarse en su habitación, temiendo desmayarse.

Pensó en lo irrisorio de la situación, que sin embargo se adivinaba perfectamente normal, es decir: algo que podría haber sucedido mucho tiempo antes. ¿Qué era lo que buscaba? ¿No era eso lo que quería? Se sorprendió al reconocer que no se

había imaginado en una situación semejante. Que si bien había pasado horas y horas durante la mitad de su vida retratando mujeres, nunca había pensado en un encuentro. Se vio a sí misma como la escoria de un lugar, por fuera de una situación que ella misma generaba.

Ese domingo Laura se odió. Lloró ahogadamente, tapándose con las frazadas. No pudo creer todo lo que venía desarrollando desde hacía años, cómo había admirado a tantas mujeres durante casi dos décadas. Era horrible, imperdonable. Sintió asco por su persona, por haberse masturbado tantas veces ante esos dibujos. Pensó que debía quitarse la capa de piel que la recubría, ser atada de manos por el resto de la eternidad, encerrada en una habitación donde no llegue jamás la luz del sol.

Sin embargo, restaba algo por hacer. Quizás algo que le permitiera ser salvada. Miró el crucifijo que colgaba encima de su cama y luego se dirigió al cajón donde tenía guardados los cuadernos con los dibujos. Quitó la llave, los tomó y se dirigió al patio. Allí, contra una esquina, hizo un pequeño fuego y los arrojó a todos juntos. Quiso así destruir esa tentación que se revolvía en su cuerpo. Vio cómo se elevaba el humo en la noche, ascendiendo. Imaginó ahora a Dios más tranquilo.

Fernando Morroes, entredormido, percibió un resplandor que entraba por su ventana. Entendió que era la muerte que finalmente se lo llevaba.

Es de noche, y tal vez la noche lo envalentone un poco más, piensa.

Mauricio Arenales camina con las manos en los bolsillos, vestido con un traje gris. Acaba de cenar en un restaurante y se dirige hacia las vías que salen de una estación de tren. Siente la calma de quien está por emprender un acto verdadero, radicalmente propio.

Se cruza con poca gente durante el trayecto. Mayormente, parejas jóvenes que, aprovechando el domingo, habrían salido a comer afuera o al cine. Piensa que camina pero que ya no existe. Quizás por eso la gente no lo mira. En todo caso, si lo logra, ya está muerto. Hay un fino hilo que lo une con la existencia, y siente la paradoja de una temporalidad que lo antecede. No está muerto al modo de un condenado a la hoguera o a la guillotina (y concibe personajes célebres de la Edad Media o de la Revolución francesa) ya que es dueño de su muerte y lo que le quede de vida depende de él. Pero nada alterará su plan, y repite: “ya estoy muerto”. Está muerto y, aun así, yendo al encuentro con su muerte. Es el único resultado posible. No tiene sentido repasar las razones, eso ya ha sido hartamente cavilado. Sabe muy bien el horario del tren que lo va a desmembrar

dentro de unos minutos, diseminando sus partes a lo largo de las vías. Por eso no se sorprende cuando ve surgir la pesada máquina.

Espera pacientemente, escondido tras una cabina vieja y oxidada, ya que no quiere que el conductor de la formación lo vea y así aminore la marcha. No se va a parar frente al tren sino que va a correr a su encuentro, pensando que de esa forma será más fácil. Sintiendo, irónicamente, que va a ser él el que encuentre la muerte, él el que choque al tren y no al revés.

Arenales siente la vibración de los rieles y el aumento del ritmo cardíaco (no sabe qué cosa se da primero) y corre. Algo se detiene en ese instante.

LAS MANOS

Con el correr de los días, las manos pueden haber vuelto a ser las mismas. Astargo, sin embargo, ya era otro.

La sangre en las palmas de Astargo se fue secando lentamente. Cuando el gorgoteo disminuyó, la carne viva se fue oscureciendo. Al igual que el día.

La gente lo miró incorporarse e irse. Nadie se había atrevido a ayudarlo.

Sabía que una herida tal no sería eterna. Ninguna herida lo era, en definitiva, lo cual no le impidió no horrorizarse frente a la cantidad de sangre que brotó al quitarse los vidrios.

Arrancó los trozos que se le habían incrustado. Todo el dolor se concentraba ahí, infinitos puntos ardiendo en apenas pocos centímetros de carne. Al hacerlo, los mismos dedos que los tomaron comenzaron también a sangrar.

Podía dejar los vidrios en sus manos: la piel se regeneraría por sobre ellos, y llevaría consigo los restos de algo que lo había

cuestionado un día cualquiera, en una calle cualquiera. Cada día intuiría la inconsistencia de la carne, que nada tiene que ver con el alma, que es la que reflexiona en este instante.

Vio las heridas abiertas, y vio cómo todo es fragilidad y puede ser desintegración. Vio lo que no veía nunca, porque una capa de piel lo cubría: vio lo que era por dentro. Vio así que era otro y no se sintió bien. Vio que en ese cuerpo nada lo alojaba.

No podía evitar lo acontecido. La sangre lo conminaba a dar una respuesta. Sabía que la vida se le iba en los hilos rojos que caían goteando el suelo.

Cualquier otra persona se hubiese levantado rápidamente, tratando de disimular la caída. Astargo, por el contrario, se quedó contemplando sus palmas, incapaz de moverse. Algo de eso lo interpelaba y lo ponía en jaque. Vio sus manos, y como en un movimiento imposible, se vio a sí mismo mirando esas manos que lo miraban y que algo le decían.

La sangre comenzó a brotar: era la vida manifestándose. Rápidamente sus manos se tiñeron de rojo y vio, como quien ve pasar decenas de años en pocos segundos, cómo todo era crecimiento, ebullición y proliferación.

Astargo tropezó con algo y sintió que caía. Instintivamente, apoyó las palmas de las manos en el suelo. Unos trozos de vidrio que ocupaban la vereda lo penetraron.

SEGUNDA PARTE

Uno no construye sino con elementos.

UN RELATO DE ESOS QUE NADIE SABE FECHAR

Una epidemia de días grises azotaba la ciudad. La dificultad de los meteorólogos para hacer predicciones ya había dejado a más de uno de patitas en la calle. Los habitantes no recordaban cómo era el sol, y buscaban dar con fotografías o dibujos que les permitieran rememorarlo. Los editores de libros escolares decidieron suprimir conceptos como “cielo celeste” o “día soleado”, ya que no es recomendable enseñar a los niños cosas que no existen. Se suscitaron largos debates en torno a una posible reformulación de la bandera nacional, ya que nadie entendía qué significaba ese círculo amarillo en el centro de franjas de un color que la gente ya no reconocía.

La falta del sol pareció orientar a las personas hacia una cierta melancolía, y las ropas que ahora se vestían oscilaban entre grises y negros. Nadie supo afirmar si las mismas habían perdido sus colores o si los azules, rojos y verdes simplemente habían quedado relegados en los fondos de los roperos. Los ciudadanos salían cada vez menos a la vía pública y se recluían en sus casas para comer y dormir. El índice de sedentarismo aumentó, para alegría de los comerciantes de alimentos.

Algo extraño ocurría con la pigmentación de la piel. Los colores almendrados que perduraban finalizado el verano

comenzaron a desaparecer y eran reemplazados por extrañas manchas en los brazos de las personas. En otros casos las pieles se escamaban, generando picazones para las cuales los médicos no tenían productos que recetar. Cuando llovía (signo que nadie sabía interpretar) algunos salían a las calles y se mojaban, pensando que así mejorarían. No conseguían más que resfríos y ropa empapada, lo cual engrosaba el bolsillo de los dueños de las farmacias. Los dermatólogos debieron cerrar sus consultorios y volver a las universidades a estudiar, ya que no concebían una explicación ante tamaño fenómeno.

Los girasoles, por su parte, ya no poseían punto de referencia y se movían desorbitados. El Departamento de Nominación consideró cambiarles el nombre. Los editores de diccionarios, tanto los de definiciones, como bilingües o de sinónimos, no daban abasto frente a tantas consecuencias y sufrían constantes *surmenages*. Los que se dieron cuenta del problema que se avecinaba debido al hecho de que el papel sale de los árboles y de que éstos dependen de la fotosíntesis, que a su vez deriva de la luz solar, fueron los primeros que fallecieron.

VENTANA

Astargo caminaba por el invierno de la ciudad cuando distinguió, entre una pluralidad de objetos que obedecían a tiempos heterogéneos, una cabellera cuyas ondulaciones le resultaron familiares. El castaño caía, emitiendo destellos color miel producto de las luces amarillas de múltiples veladores encendidos, y danzaba al compás de una música que sólo existía en su mente, la cual se figuró como notas de piano cayendo como lluvia finita.

Este breve opúsculo no hace más que poetizar un momento aberrantemente cotidiano: la visión de una mujer a través de una vidriera moviéndose entre los productos de un negocio de antigüedades. Pero estaba justificado por un nombre: Ana. A pesar de no verla hace más de treinta años, Astargo solía contemplarla a diario en recuerdos y ensoñaciones. Era una especie de fuego fatuo que emergía cuando menos lo esperaba, sin obedecer a condiciones específicas. Esa mujer no era Ana, eso era sabido, aunque se asemejaba a la imagen que Astargo guardaba de ella. Además, él sólo podía pensarla como muerta: le era imposible figurarla existiendo a la distancia, llevando una vida paralela a la suya en una geografía otra. Lo cual no le

impedía, sin embargo, retornar en los rostros de mujeres que no eran ella, en las noches de insomnio o en el olor del café.

No le dolía, eso hubiese sido ridículo, pero siempre algo como una nostalgia lo cercaba cuando la recordaba. Le gustaba especular con la palabra “comuni3n”. Si bien no había revisado su etimología, creía suponer bien cuando pensaba que en determinado punto de la historia, una persona había entendido que utilizar dos palabras para señalar la común uni3n entre dos seres era excesivo, y que escribirla con una sola no sólo suponía una mejor economía de lenguaje sino también una opción más acertada. Pero sabía que no existía forma de que dos personas se alcancen, se recubran la una con la otra, entonces consideró que tal vez se había tratado de dos órdenes superpuestos que en determinados puntos habían podido coexistir. Algo así había sido lo de Ana. El hecho de que ella emprendiera mil acciones en lo que él tardaba en verbalizar un pensamiento lo había dejado más de una vez boquiabierto, contemplándola realizar las empresas más inadmisibles. Ana sólo sabía brillar, y dejaba su estela en todo lo que hacía. Sus movimientos eran tan impredecibles que a Astargo le resultaba difícil catalogarlos, idea que ella nunca había entendido: le era inconcebible que el pensamiento sea arquitectónico, es decir, no existían las ideas escalonadas o las ocurrencias con capiteles. Él cavilaba demasiado, eso ya se sabía, y Ana se encargaba, sin saberlo, de instaurar otros órdenes, de configurar los momentos desde

vértices perfectamente inauditos para alguien tan ciego en esa materia como Astargo.

Ella, por su parte, había aprendido a ser testigo de un mundo que no le pertenecía, plano de unas ideas donde Astargo elaboraba teorías tan inverosímiles como válidas, y solía escucharlo en silencio y con respeto. Ana era demasiado alegre y sus acciones tenían demasiadas florituras como para pretender seguirle los pasos, lo que no le impedía, sin embargo, admirarlo en calidad de arriesgado pensador, de teorizador de conceptos que llevarían a cualquier persona a arrojarse por una ventana apenas escuchadas las primeras dos o tres frases. Su oscuridad (así la había llamado ella) era una dimensión de generación, muerte y existencia. Cuando se enfrascaba demasiado en sus argumentos, Ana temía por Astargo, y se movía mentalmente unos metros buscando salvaguardarse, sosteniéndose en un extremo, incapaz de emprender acciones de rescate.

Memorabilia, creía, le decían a esos negocios de antigüedades en otro idioma, posiblemente en inglés. Astargo miró nuevamente a la mujer, vestida con unas ropas tan ostentosas que Ana jamás usaría, y vio como sacaba un dinero, seguramente propiedad de su marido, para pagar un objeto de decoración tan estúpido como costoso. Siguió caminando.

VIRTUDES TEOLOGALES

Astargo poseía un aspecto deplorable. Sus manos vendadas le habían imposibilitado realizar una serie de acciones prácticas y llevaba una barba que no había logrado afeitarse. Se encontraba sentado en el banco de una plaza frente a la cual una iglesia abría sus puertas a una misa que acababa de finalizar. Observó la gente que salía de ella, ataviada con ropas y elementos tan innecesariamente costosos para lo que se supone que debe acontecer en un encuentro con Dios.

Decidió probar un punto. Rasgó una manga del saco que llevaba puesto (que no era de los mejores y que ya había sido enmendado interminables veces) y esperó al horario de la siguiente misa. Tomó un recipiente que halló tirado y se quitó los zapatos, sentándose sobre un diario que había encontrado en el banco de la plaza. Al volverse a abrir las puertas, comenzó a mendigar.

Astargo introdujo un punto de alteración en lo que podía entenderse como la simple retirada de un lugar. La caridad tiene aspectos incómodos, eso ya se sabe, aunque la salida de una iglesia es muy buen lugar para aplicarla y Astargo se valió de esa ventaja. En torno a él se produjo una fila más o menos ordenada en la cual las personas se ubicaron espontáneamente; al interior

de ésta proliferaron las dudas y vacilaciones. Cada benefactor se ensimismaba, disimulaba no mirar el dinero que era entregado por el anterior, a la par que el siguiente preparaba un monto similar a aquel. Fue rápidamente manifiesto el cálculo individual, es decir: no económico sino operacional, ya que cada cual actuaba más o menos en función de lo que hacía el otro. Podía olerse la molestia en el aire espeso, en donde más de una persona optó por maniobras ridículamente extravagantes para dejar montos no adivinables, lo cual divirtió significativamente a Astargo.

Finalizada la actividad vio irse a las personas en soledad, apurando el paso hacia caminos diversos. Pensó que quizás tenían aún unos breves minutos de trayecto en silencio para poder reflexionar en tratar de ser otros.

Siendo ya de noche, abandonó el lugar olvidando el punto que había querido probar, y con el suficiente dinero para poder alimentarse más o menos bien durante algunos días. El sonido de la lluvia que acababa de desatarse, sin embargo, le impidió escuchar el grito de una mujer, que era Laura, que luego del incidente con la otra Laura había decidido encomendarse a las buenas acciones que dicta el catolicismo y había comenzado a ayudar en la iglesia, siendo su primer tarea asignada calentarle un plato de sopa al hombre que estaba afuera y que tenía hambre, a criterio del párroco del lugar. Ni Astargo la oyó ni ella lo reconoció, y el plato de sopa fue una superficie espejada

que se quebró cuando las gotas de lluvia lo alcanzaron. Parte del contenido salpicó las manos de Laura, y otro tanto cayó sobre el diario que se encontraba en el suelo, cuyas hojas dejaban leer la noticia de unos linyeras que habían muerto carbonizados en las afueras de la ciudad.

Mientras todo esto sucedía, una idea se articuló entre los pensamientos de Astargo.

Pensó en las posibilidades de crear una religión para vagabundos. No conocía casos de credos fundados en el siglo XX, éstos serían más bien sectas o agremiaciones, supuso Astargo. Recordó una frase de “La gaya ciencia”, algo así como “dos mil años y ni un dios nuevo”. Tal vez era menester torcer esa afirmación nietzscheana.

Vagabundos deben haber existido siempre, consideró, y aunque sus denominaciones hayan ido fluctuando, sus usos y costumbres deben haberse mantenido similares. Si quería emprender algo semejante a una religión era necesario tanto postular un profeta como concebir un dios. En este sentido, un mendigo posee algunas ventajas prácticas; la historia del catolicismo demuestra muy bien cómo hacer un buen uso de esa figura. Sería indispensable un poco de estudio de filosofía o sociología para poder generar un discurso convincente, incluso de retórica, aunque con cuentagotas: un vagabundo demasiado ilustrado deviene un híbrido harto inverosímil.

En algún punto este profeta debería poder distinguirse de Jesús, pero sin eludir la referencia a una figura superior: no podía caer en disquisiciones insustanciales o en politeísmos ya

superados. Debería poder postularse como habiendo sido elegido por un dios para fundar un nuevo proyecto en la tierra.

Los vagabundos serían los fieles de este culto. Sería interesante concebir un dios que considere que ellos son los únicos merecedores de la salvación (una referencia que siempre tiene que estar presente en toda religión) en retribución por las penas padecidas durante la vida terrenal. Esto implicaría, sin embargo, un problema teórico (a resolver; nota mental de Astargo): si estos individuos ya tienen el descanso eterno asegurado, ¿por qué se volcarían a una fe específica y atenderían a sus prácticas? (las cuales, además, aún no han sido estipuladas).

Sería adivinable la reacción de las personas de clases sociales medias o altas cuando perciban que su sacrificio no los va a conducir a ningún sitio luego de muertos. Astargo imaginó respuestas contestatariamente ridículas: agrupaciones de adinerados ingresando a los templos (espacio físico de toda religión) para golpear o asesinar fieles. Éstos, claro está, por el efecto sorpresa y la inferioridad económica, sólo podrían responder rudimentariamente con piedras o sillas. Se generaría, sin embargo, una contra reacción positiva: los mendigos se volverían doblemente mártires, justificando aún más la ansiada salvación.

Restaba pensar casos híbridos, por ejemplo, aquellas personas que opten por abandonar su trabajo y sus pertenencias

para comenzar a vivir en comunidad con los linyeras. ¿Marcaría esto alguna diferencia con quien fue mendigo toda la vida? Por otra parte, debería poder discriminarse entre aquellos vagabundos los cuales efectivamente no han podido encontrar oportunidades para no serlo, de aquellos que, por mera pereza, se dedicaron a sobrevivir con lo que podían recolectar de otros. Todo esto implicaría la necesidad de largas anamnesis hechas por profesionales específicos.

Los templos, claro está, deberían ser absolutamente precarios. Al integrarlos linyeras, sería menester pensar en la posibilidad de instalar duchas, o buenos sistemas de ventilación durante el verano. Faltaría concebir algún sistema de financiamiento, cobranza o de recaudación, pensó Astargo, y esta religión sería un éxito.

Debía salvar a Mauricio Arenales.

Eran cerca de las seis de la mañana. Astargo se encontraba desvelado y solo en la pequeña habitación vacía del hotel, pensando en que Arenales se encontraría desvelado y también solo en la pequeña habitación vacía de su casa.

Debía ir en su búsqueda, debía ayudarlo porque su vida era una miseria, sumergido en el alcohol y despilfarrando el poco dinero que poseía en estupideces. Lo imaginaba mirando el empapelado de las paredes, pensando en una mujer a la que no veía desde hace tiempo, la cual empezaba a no recordar y confundir con otras. Ya no trabajaba y se movía por la ciudad como por inercia, añorando un pasado que jamás había existido, porque en ningún momento había podido ser feliz.

Debía salvar a Mauricio Arenales. Astargo se levantó de la cama y se dispuso a salir.

OPERACIONES ESCRITURARIAS

Las ciudades, por más que uno las transite tridimensionalmente y sus espacios presenten relieves y pigmentaciones, son mapas. Habitar una ciudad implica ser receptivo a tener acontecimientos. Y los acontecimientos suceden siempre en locaciones, eso es algo imposible de evitar. Por ende, el mapa va recibiendo marcas: acá vivía cuando era joven / en esta esquina sostuve tu mano por última vez / un niño jugaba en ese balcón siempre a las tres de la tarde / cruzabas por esta calle pero no me viste, yo te observaba desde un café. Las marcas trazan desvíos o se vuelven blancos, y es así como aquella plaza que antes me era indiferente se torna ahora un recorrido obligado desde la foto que una vez nos tomamos, o esquivo el museo en el que te vi ingresar un otoño con alguien que no era yo. La suma de acontecimientos trastoca los caminos rectos o cuadriculados, por ende ir de un punto a otro puede implicar una serie de vericuetos que hacen que los trayectos sean complejos enredos o en el mejor de los casos fideos tirabuzones.

Astargo, sin embargo, estaba cansado de reafirmar las huellas que una y otra vez se habían marcado en su estadía por la ciudad. Ciertas trazas se habían cargado de tanta materia que parecían susceptibles de explotar. Decidió dejar de vagar para

realizar acciones concretas, y pensó por primera vez que tal vez esa era la razón por la cual aún permanecía en la ciudad.

Se dirigió al edificio donde Mauricio Arenales le había indicado que trabajaba. Preguntó a la recepcionista por el piso de su oficina y esperó el ascensor. Mientras esto acontecía se cruzó con un hombre. Ninguno reparó demasiado en el otro, por lo menos no todavía. El aspecto de Astargo desentonaba con los trajes de los abogados que subían junto a él, pero poco le importaba: poseía una misión. Llegó al piso indicado y transitó un pasillo oscuro hasta dar con una puerta que indicaba el nombre que buscaba. Golpeó y esperó.

Pocos segundos bastaron para anoticiarse de que la oficina estaba vacía. Miró a su alrededor: no se escuchaba ningún ruido y las oficinas restantes parecían desocupadas. Golpeó con el costado del cuerpo la puerta, buscando violentarla: ésta se movió pero no cedió. Repitió la operación dos veces más y así logró vencer la cerradura.

Las paredes de la oficina de Mauricio Arenales eran grisáceas y estaban llenas de estantes con papeles desordenados. El escritorio repetía la misma escena: varias carpetas y papeles se repartían sin ningún criterio más que el acopio temporal. Hojeó algunas notas e informes pero rápidamente se aburrizó.

Entendió que no sabía bien qué significaba salvar a Arenales, y aún menos cómo lograrlo, pero prosiguió. Tomó lápiz y papel y escribió: "A simple vista, los desórdenes parecen

ser meros caos, acumulación por superposición de elementos heterogéneos orquestados azarosamente. Más bien, y sin embargo, son formas de esconderse de lo que verdaderamente nos rodea, de los vacíos que nos pueblan y que son intolerables para la pupila que constantemente los aborda y para el alma que frecuentemente los piensa. De esta forma evidencian no ser desórdenes sino más bien construcciones que decantan en la emergencia de un orden secretamente camuflado, salvoconducto del corazón encrespado”.

La escritura fue tortuosa ya que sus manos aún le dolían. Leyó lo escrito, asintió satisfactoriamente y copió el contenido en otro papel que guardó en su bolsillo. Dejó el primero en el escritorio, arrimó la puerta lo más que pudo tratando de disimular la entradera y se retiró del lugar.

Volvió al otro día, porque debía ser sistemático y preciso. Saludó al pasar a la recepcionista y nuevamente encontró la oficina vacía. La puerta seguía en el mismo estado en el que la había dejado el día anterior. Alguien había estado adentro, sin embargo, ya que algunos papeles habían sido retirados y otros acomodados. La nota no se encontraba presente. Volvió a dejar otra, de la cual también hizo un duplicado: “Hay desórdenes que son tan laboriosos como cualquier tipo de orden, y a los cuales los sujetos aplican dedicadamente horas y neuronas. Mínimas correcciones se van realizando con el tiempo, las cuales no

implican resultados finales: la obra de arte es una pieza constante y siempre dispuesta a modificarse”. No le convenció demasiado la metáfora neurológica, pero trató de persuadirse diciendo que siempre deviene tolerable un poco de incomodidad cuando se improvisa. Nuevamente dejó lo escrito y se retiró. Al salir, alguien reparó en su presencia.

Caminó hacia la casa de Arenales mientras una leve lluvia comenzaba a caer en la ciudad. Vio claramente la metamorfosis que esto desencadenaba: la gente apuraba el paso, trastabillando, otros entraron en negocios los cuales no tenían pensado ingresar, y los menos abrieron paraguas no sin propinar someros codazos a otros transeúntes.

Nada de esto alteró a Astargo. Si bien confundió ciertas calles y tuvo que volver algunas veces sobre sus pasos, consiguió dar con la dirección exacta. Tocó el timbre y esperó, mientras la garúa lo mojaba lentamente. Se lamentó no tener papel y lápiz. No podía irse sin dejar rastro, sin embargo, así que se dirigió a un negocio en una esquina y pidió lo necesario para poder dejar asentado lo siguiente: “Algunas rectificaciones no pueden evitarse, hay gente que vive de la enmienda de situaciones y objetos, y sobre lo existente se realizan bordados y ramificaciones que decoran o dificultan (según cómo se lo mire) la materialidad original de las cosas. Así como tantos, yo no estoy exento de esas operatorias, y trasapeló certezas entre elementos nimios y basura cotidiana”.

Deslizó el texto por la puerta de Arenales, no sin antes haber hecho una copia. Durante todo ese trayecto había sido seguido.

Quien seguía a Astargo tuvo la posibilidad, unos días después de los eventos recientes, de ingresar a la habitación del hotel en la cual aquel se alojaba, no sin ciertos recaudos previos.

No esperaba encontrar copia de dos notas que ya había leído en la oficina de Arenales, más una tercera que le era inédita, pegadas sobre el empapelado de una pared menor. De izquierda a derecha se repartían los siguientes textos: “A simple vista, los desórdenes parecen ser meros caos, acumulación por superposición de elementos heterogéneos orquestados azarosamente. Más bien, y sin embargo, son formas de esconderse de lo que verdaderamente nos rodea, de los vacíos que nos pueblan y que son intolerables para la pupila que constantemente los aborda y para el alma que frecuentemente los piensa. De esta forma evidencian no ser desórdenes sino más bien construcciones que decantan en la emergencia de un orden secretamente camuflado, salvoconducto del corazón encrespado”. A continuación: “Hay desórdenes que son tan laboriosos como cualquier tipo de orden, y a los cuales los sujetos aplican dedicadamente horas y neuronas. Mínimas correcciones se van realizando con el tiempo, las cuales no implican resultados finales: la obra de arte es una pieza

constante y siempre dispuesta a modificarse”. Finalmente: “Algunas rectificaciones no pueden evitarse, hay gente que vive de la enmienda de situaciones y objetos, y sobre lo existente se realizan bordados y ramificaciones que decoran o dificultan (según cómo se lo mire) la materialidad original de las cosas. Así como tantos, yo no estoy exento de esas operatorias, y trasapelo certezas entre elementos nimios y basura cotidiana”.

Copió el tercer papel y se retiró del lugar.

Volvió al otro día, porque también debía ser sistemático y preciso. Cuando llegó a la puerta indicada escuchó ruidos al interior de la habitación, fundamentalmente pasos y una voz masculina. Trató de agudizar el oído, pero no obtuvo más que palabras sueltas:

–Cuando vivía... caminar... mujer... facultad... tu casa... cuidarse...

Se acercó más a la puerta, y al hacerlo una madera del piso crujió. Se inmovilizó, esperando no haber sido escuchado. El discurso proseguía, inmutable: “la noche... afuera... Mauricio”, pero luego el volumen aumentó, y quien seguía a Astargo pudo escuchar claramente:

–Mauricio, ¿vos... estás?

Era una pregunta incomprendible. Quien seguía a Astargo no pudo discernir si se dirigía a él, es decir, a quien la persona de adentro suponía que era la persona de afuera. No parecía

haber nadie más en el interior de la habitación, tampoco recordaba la presencia de un teléfono.

—Mauricio —volvió a decir la voz. No parecía ser una pregunta ni tampoco una afirmación— ¡Mauricio! —la prosodia se desfiguraba, como si las cuerdas vocales se estuviesen adulterando.

Al interior de la habitación los pasos, que previamente habían sido difusos y circulares, comenzaron a acercarse lentamente hacia la puerta. Quien seguía a Astargo se alejó de la misma y pretendió retirarse silenciosamente, pero cuando escuchó que la cerradura de la puerta se quitaba debió correr. Cuando dobló en un corredor oyó un tercer “¡Mauricio!!” en el pasillo, claramente exclamativo y dirigido hacia su persona. Consideró, sin embargo, que quien había abierto la puerta no había logrado divisarlo.

Rápidamente cruzó la calle y se refugió en un bar, pretendiendo ubicarse en un sector donde pudiera observar la fachada del hotel sin ser percibido. Había averiguado que quien estaba registrado en aquella habitación se apellidaba Astargo, y era un hombre solitario y taciturno que provenía del interior del país. La recepcionista del hotel le había manifestado que solía salir e ingresar en horarios poco frecuentes, pero era incapaz de decirle qué clase de asunto lo traía a la ciudad.

Esta segunda aproximación hacia la habitación no le había posibilitado obtener nuevos datos. Su discurso incluía a la persona de Mauricio Arenales, pero parecía haberse tratado más de un monólogo que de una conversación. Evidentemente, el asunto parecía revestir cierta importancia para llevar a este hombre a vociferar en voz alta, como quien se narra una idea o se repite un plan que pretende infalible.

Se había producido cierta desventaja: Astargo ya estaría anoticiado de que alguien que prefería no presentarse lo cercaba. Sin embargo, la identidad de este último todavía se mantenía preservada.

Mientras cavilaba todo esto, Astargo entró al bar. No entendía cómo podía haber sucedido ya que nunca lo había visto salir del hotel. Pensó que la propiedad debía tener alguna otra puerta (quizás de servicio o emergencia) que aquel conocía y habría utilizado. Astargo no ingresó y se sentó como cualquiera, más bien permaneció en el borde de la puerta mirando los rostros de las personas que allí se encontraban. Se detuvo breves segundos en cada uno (en el bar había cerca de seis personas) como buscando reconocer una cara. Quien lo seguía trató de desviar la mirada y esbozar una expresión de indiferencia mientras leía los titulares de un diario que se encontraba en su mesa. Era el único que no había sido atendido aún, y la falta de una taza de café evidenciaba que era un recién llegado. De

forma tan repentina como había ingresado, Astargo dio media vuelta y se retiró.

El estado de cosas había cambiado rotundamente.

EXPERTICIA DEL PROFESIONAL

Un profesional realizó un análisis de los escritos. Por fuera de elementos obvios, es decir, que la persona que los había realizado poseía cierto nivel cultural y aparentes aspiraciones literarias, el informe evidenció que el argumento de los dos primeros papeles representaba cierta continuidad, ligados fundamentalmente por el binomio orden/desorden. El tercero se encontraba en una posición diferente: si bien no trataba de una temática harto distinta, tampoco se centraba estrictamente en aquel aspecto sino más bien en la idea de corrección o rectificación. Sin embargo, no podría afirmarse que la línea argumentativa se hubiese quebrado. Por el contrario, el tercer papel parecía implicar un cierto avance o desarrollo en la exposición. Lo interesante era el surgimiento de la primera persona: dejando de lado las cuestiones narrativas o filosóficas que pretendían presentarse, el escriba se había incluido al interior de la argumentación como uno más de quienes se ven compelidos por la cuestión de la “enmienda de situaciones y objetos”. Era imposible conjeturar a qué se refería con aquello de traspapelar “certezas entre elementos nimios y basura cotidiana”, pero evidentemente ocupaban la mente del narrador ciertas operatorias (quizás concretas, específicas) que debía estar

realizando y de las cuales daba cuenta, a pesar de la fachada poética con que pretendía camuflarlas. Futuras notas podrían aclarar a qué se refería con esto. Finalmente, el profesional le sugirió a quien seguía a Astargo que era probable que pudiera haber acontecido algo entre la redacción de los primeros dos escritos y el tercero que haya producido el giro en la escritura, aunque no podía descartarse la hipótesis de que quien escribía los papeles se estuviese sintiendo más cómodo con la empresa, permitiendo incluirse en aquello sobre lo que argumentaba.

Quien seguía a Astargo pensó en la estupidez del análisis y en el poco valor de los resultados arrojados, que nada tienen para hacer frente al gesto de una persona que decide escribir papeles para repartir entre lectores inciertos.

EL MAR

Astargo contempla el agua y con la realización de los pasos la distancia es cada vez menor. Al mojar sus pies la imagen deviene instantánea.

Concibe al primer hombre, ese que, errante, descubre el mar. Ha aprendido a dominar el fuego, vencer animales inciertos, salvaguardarse de climas inhóspitos, y sin embargo resta aún una última escena. Una delgada línea lo interpela: es la que hace límite al cielo calmo, territorio hartamente conocido, con una superficie que se espeja a partir de aquella. Distante pero tangible, tan viva como feroz, una masa en locomoción empequeñece hasta olvidar sus anteriores logros.

Sabe que eso que está observando, y que luego otros hombres denominarán “mar”, tiene alguna relación con aquellos ríos y lagos en los que se ha sumergido. Sin embargo, eso no le representa ningún tipo de experiencia previa: entiende lo inédito del panorama que se le presenta. Se detiene en la manera en cómo las olas emergen furiosas y luego vienen a morir a sus pies, pequeñas y cobardes, pero esas disminuciones no lo engañan: nada vuelve al mar un terreno fácilmente transitable.

Astargo, si bien se lo figura idéntico, concibe a otro hombre lanzándose a la conquista del mar. Bastaron algunas pruebas, unificar materiales, estudiar (el verbo puede sonar excesivo, sin embargo es correcto) la circularidad de las mareas, la consistencia de la arena y la influencia de las tormentas en el agua para animarse a emprender la travesía.

Astargo se imagina al hombre llegando a una tierra nueva, aunque no sabe qué tan consciente pueda ser de esto (debería poseer conocimientos cartográficos o incluso geográficos). De la misma forma, cabría pensar cómo entiende el movimiento e incluso la traslación, y por ende si es capaz de reconocer un logro donde efectivamente lo hay. De lo que sí está seguro Astargo es que este hombre es definitivamente otro que el del párrafo anterior, ya que es menester que mueran varios con anterioridad para que finalmente uno consiga el éxito.

Astargo no logra figurarse qué pudo haber sentido este hombre, que recapitula y trasciende a los otros. Lo que sí sabe es que los verdaderos actos son aquellos que se emprenden a pesar de no tener garantías, y que éstos no abundan demasiado.

Arrojarse al mar pudo haber sido la última de las grandes conquistas del hombre, por lo menos en un lapso de millones de años. Y aunque seguramente tal afirmación sea incorrecta, a

Astargo no le importa: le importa más bien saber que es capaz de concebir y figurarse muchas cosas.

Una tarde Ana le contó a Astargo de aquel verano en el cual casi fallece. Era invierno, oscurecía temprano y estaban solos en el comedor. De pronto ella comenzó a hablar. Astargo la escuchó de perfil; le pareció una irrespetuosidad mirarla, lo cual, sin embargo, poco importaba: el relato abstraigo a Ana y Astargo quedó rápidamente solo en aquel ambiente. Era evidente que ella no observaba el punto en el cual se detenían sus ojos, sino más bien algo que estaba por detrás de su mirada. Por otra parte, tampoco le contaba el suceso a Astargo: más bien se lo narraba a sí misma, quizá pretendiendo enfrentarse con algo de la diferencia que produce escuchar una voz que si bien es la propia, proviene del exterior como cualquier otro sonido, siempre distinta al discurrir interno de los pensamientos.

Mientras todo eso acontecía se hizo de noche. Astargo no se levantó de la silla en la cual se encontraba para prender una luz: sabía muy bien que esos monólogos no se interrumpen, y mucho menos con tales violentaciones. Por esa razón Ana nunca vio el rostro de Astargo.

La oscuridad se hizo total y los ahogó. Como a ella, como casi a Ana ese día que intentó salvar a una niña que se había alejado demasiado en el mar y que no lograba volver a la playa.

Las fuerzas la iban abandonando con cada nueva brazada, mientras el peso de la infanta la volvía cada vez más inoperante. Ana pensó en la niña (la cual no conocía), en su familia (la propia, que lloraba en la playa), en los rescatistas (que no advenían). Más de una vez había optado por dejarse ir: las palabras de aliento no alcanzaban y el oleaje hacía con ambas a diestra y siniestra.

Ya no había personas en aquel comedor, tampoco luz: la única dimensión posible era la que trazaba un relato que navegaba en un manto negro. Ana nunca supo que, en paralelo a sus palabras, en la mente de Astargo florecían imágenes. Eran otras, distintas, bien podían ser a consecuencia de las primeras, por ende posibles pero igualmente ficticias: la visión de Astargo acongojado al recibir la noticia, los días que se demoraban en traer el cuerpo de Ana, el encierro en la habitación, la filigrana que flotaba entre los resquicios de luz que ingresaba por las persianas. Luego el velorio, la frente fría de Ana donde Astargo deposita un beso, los llantos desmedidos y desafinados. Trasladar el cajón, el peso de un cuerpo inerte en él, las imágenes de su última exhalación en el mar, el momento en el que decidió dejarse morir.

Pensando (conjugación estúpida, eso no se piensa: siendo pensado por, mejor dicho) todo esto, Astargo se encontró sereno. Algo del orden de una posible muerte de Ana lo seducía.

Ahí supo realmente quién era. Luego la abrazó y lloraron, pero por motivos distintos.

PROSECUCIONES

Ideó un plan. Debía sostenerse en (no sólo visitar) aquellos sitios donde sabía que se producirían puntos de contacto con la otra persona. Asistió primero, en horario laboral, al edificio de Mauricio Arenales. No se dirigió a ningún lugar específico, sino más bien dio un par de vueltas: pasó varias veces por la fachada, ingresó y transitó repetidamente el hall de entrada y los pasillos y volvió a salir.

Caminó despacio por una urbe inquieta, en constante movimiento. Trazó recorridos parejos, sutiles, en contraposición con personas zigzagueantes, apuradas, desentendidas. Buscaba ser seguido. En su devenir, y sin pretenderlo, entrevió la puerta de un burdel donde sabía que había una mujer que tenía un hijo que se llamaba Lucianito. Le abriría sus piernas si ingresaba (primero al lugar, secundariamente a ella), pero no le interesaba: le aburría todo tipo de sexo que no contenga tramas de misterio o sutiles adivinaciones.

Podría haber seguido hasta la casa de Mauricio Arenales, pero entró en una iglesia en la que había estado días atrás. Mientras se dirigía a un banco escuchó cómo sus pasos hacían eco en el lugar, destruyendo el silencio reinante.

Pensó en lo espeso de las iglesias, no por la presencia de un dios en el que no creía sino por la cantidad de fantasmas que las pueblan. Años y años de personas que allí sufrían, buscaban un interlocutor, rezaban, perdían esperanzas o pretendían recuperarlas. Esa acumulación de pretensiones se apilaba contra los rincones, se juntaba como polvo y tapiaba las paredes, le otorgaba al ambiente un aire denso, como neblina de madrugada o el vapor de la ducha en invierno. Pensó en la vibración de esas imploraciones, en resonancias arcaicas pero presentes que nada tienen que ver con los 440 Hz en los que se afinan los instrumentos musicales, y en lo parasitario del deseo de creer que un dios habita en nuestro interior. Para eso ya estaban los pensamientos, las ideas fragmentadas, los vahos de ocurrencias, puras esquirlas de cloacas y podredumbre.

Sintió un ruido cercano. Había alguien detrás suyo.

—¿Astargo?, preguntó una voz. Laura lo miraba desde unos metros más atrás. Astargo la reconoció y se le acercó. Me siguen, Laura, le dijo. ¿O sos vos? ¿Quién te sigue?, interrogó ella. ¿Vos qué hacés acá? ¿Cómo resultás estar en el lugar al que yo vengo? Yo estoy colaborando en esta iglesia desde hace unos días, Astargo. No sé, no lo entenderías. Pero vengo acá, ayudo a la... ¿Vos sabés quien es Mauricio Arenales?, interrumpió Astargo. Mauricio... Arenales..., pensó Laura. ¿No era un amigo de papá y tuyo? No importa quién era, Laura, importa quién es ahora, y hay que salvarlo. ¿De qué cosa? ¿A él también

lo siguen?, inquirió ella. ¿Cómo sabés que me..?, se alertó Astargo. ¡Shh! Escuchá. Le tapó la boca a Laura con una mano mientras con la otra la tomaba de la espalda. Laura se dejó hacer, pero agudizó los oídos. Todo era silencio en la iglesia, a excepción del ruido del goteo de una canilla en una habitación continua, bien audible y preciso. Escuchá, repitió Astargo, susurrando en el oído de Laura. Ella sentía la proximidad de los cuerpos como una provocación a la cual debía responder. Asíó a Astargo por la cintura. Él pareció no notarlo, pendiente del sonido del goteo o de algún otro que Laura aún no distinguía. Las iglesias son una cosa asombrosa, Laura, dijo finalmente. ¿Escuchás? Sentí la gota que cae y golpea, suave y rítmica, constante. Así se corroen las almas. Lenta, imperceptiblemente. Es un sonido hermoso, verás, pero que no te engañe. Si eso prosigue, el recipiente que está recibiendo el agua lentamente se irá ahuecando, se formará un agujero que luego derivará en un pequeño túnel. Por ese túnel finalmente se podrán escapar los espíritus que aquí pecan, continuó. Así las piedras se hacen arena, y nosotros caminamos por restos de algo que alguna vez fue. Así las vidas pierden sentido, la gota es un martillo preciso, más preciso que el de cualquier golpe humano. Hay violentaciones que por no ser tan manifiestas se vuelven preciosamente efectivas. Un martillo es un martirio. Si pudiéramos hacer más silencio, Laura, más silencio todavía, podríamos escuchar el latido de nuestros corazones. Es el

mismo proceso que la gota. Escucharíamos que laten distintos, que a pesar de la euforia o la excitación nunca corren parejos. Pero ambos se deterioran, Laura, también son recipientes que se ahuecan, piedras que se vuelven arena, y volvemos al principio. Laura seguía el sonido acompasado de los susurros de Astargo sin prestar atención a lo que estaba diciendo. No le importaba la persona Astargo, tampoco la mano en su boca, sólo quería conservar la proximidad de su cuerpo. Se dejó ser hablada. Fijate qué mecanismo sutil, Laura. Dejate engañar, dejate corromper, verás cómo las gotas rápidamente erosionan todo, y así no queda nada. Ella podía sentir los latidos de su cuerpo, cómo la sangre bombeaba sus extremidades. Son los pasos, en definitiva, de quienes se me acercan, y que me van a encontrar hoy con vos, acá, así. Así vienen, lentamente, me buscan y me siguen. No saben lo que hago. No lo sabrán tampoco hoy. Lentamente Astargo retiró la mano de la boca de Laura y ella habló, pretendiendo seguirle el juego. Vos también me estás violentando, Astargo. Me corroes con tus palabras suaves. No te atrevas a compararme con ellos, Ana, y Laura quiso desasirse cuando escuchó un nombre que no era el de ella. No, Ana, no te muevas, te van a lastimar. Es la proximidad de los pasos, escuchalos. No trates de soltarte. Laura continuó forcejeando hasta que Astargo finalmente le atinó una cachetada que la dejó tirada en el suelo. Así, boca abajo, arengó Astargo. Así pretendías recibirme cuando me invitaste a pasar, yo te había

visto antes, tenías un nene en un cochecito. Pensaste que me importaba, pero no, sólo sé que se llama Luciano, pero que lo sepa no quiere decir que me importe. Así te tiraste, boca abajo, cuando no quería penetrarte, te pensaste más deseable y no sos nada. Una espalda, un cuerpo derribado, un pedazo de mierda. Yo sé que te corrompí, Laura. Lo mismo hice con todas las mujeres, porque todas las mujeres son iguales, todas son una. Pero creeme que me di cuenta a tiempo y me detuve. Vos eras muy chica, no sabías lo que yo hacía, pero noté que no te gustaba, que sabías que no era bueno, que me estaba portando mal con vos. Ahí te solté, tal vez ya era tarde. Y ahora estás acá, en esta iglesia, ¿qué pretendés lograr acá? Acá sólo hay escoria, vos y yo somos escoria, también. No podemos cambiar nada de esto. ¿De qué hablás, Astargo?, preguntó Laura llorando, aunque sabía lo inútil de la pregunta y lo imposible de la respuesta. Oh, Laura, suspiró él, no recordás, o quizá no crees recordar. Es mejor así. Pero no pensés que eso no produce sus efectos, vos estás corrompida, corrupta, poluta, eso se ve rápidamente. Pero si no era yo iba a ser otro. Vos eras chica, Laura, y yo no pude... Hay cosas que no provienen de uno. Nadie es dueño ni responsable de sí mismo, Laura. ¿Qué me hiciste? ¡Decime!, gritó Laura mientras trataba de incorporarse. Al caer se había golpeado con un banco de la iglesia y sangraba. Mirá como estás, toda la cara con sangre. ¿Ves que estás corrompida? ¿Ves que es cierto lo que te digo? Cuando yo te

toqué esa vez, cuando eras chica, todavía ni sangre tenías. Eras muy chica. Eras una niña. Pero la sangre siempre aparece, fíjate mis manos sino. Mirá las cicatrices que tienen, todo siempre se orquesta para que uno resulte dañado. Algunos dirán que es la vida, otros el destino, otros que me lo merecía... no importa, Laura. Yo te profané, eras una nena. Laura no recordaba nada de eso, y se había cansado de los desvaríos de un hombre que decía cosas incomprensibles. Se terminó de incorporar y empezó a alejarse, sin darle la espalda por temor a otro golpe. Te vas, Laura, advirtió él, no te voy a retener. Sos libre de irte. Siempre se van. Sos libre de entregarte a ellos, ellos son gotas también, pero más efectivas que yo. Yo sólo soy un pobre tipo. Te van a erosionar, de vos no queda nada. Pero mientras decía esto, Astargo la seguía lentamente. Por una puerta apareció el párroco de la iglesia. ¿Ves? ¿Te das cuenta? Ya llegaron. Ya están acá. Vienen disfrazados de otra cosa, vociferó Astargo mientras corría hacia la salida.

Pensó en todo lo que los rodeaba, pero no, eso sería insistir en una idea tanto romántica como ilusoria: no había nada entre ellos. Y sin embargo, algo se empecinaba en juntarlos. Las primeras veces habían sido accidentales, por supuesto, aunque para ser precisos diremos que Astargo conocía a Laura desde antes de nacer, más exactamente desde aquella carta LA CONOCIÓ NARRADA en donde Fernando Morroes le contaba la desesperación en la que se encontraba sumergido por saber a su novia de la facultad embarazada.

Así empezó todo. En las posteriores idas de Astargo a la ciudad fue conociendo a Laura en las distintas edades de su vida. Con el paso del tiempo comenzaron a darse los encuentros, los cuales se generaban en las ausencias o demoras de Morroes. Era insólito, realmente: este último salía a hacer compras en el barrio un minuto antes del golpe de Astargo en la puerta, o telefoneaba desde el centro avisando que restaban aún algunas horas más para finalizar lo que debía hacer (“quedate ahí, Astargo, que en breve estoy”, le decía).

Al principio eso generaba silencios incómodos o conversaciones forzadas. Luego, algo como una tensión, una intermitencia de miradas, una exhalación compartida o un

bichito de luz que viajaba desde la silla de Astargo hasta el pelo de Laura, y se producía una clara situación que parecía dejarse leer hasta en las paredes de la casa. Cada uno seguía los movimientos del otro por los espacios pero fingiendo desinterés, aburrimiento: puras tácticas militares para disimular la vigilancia.

Astargo pensó que la conocía, pero luego se rectificó: sabía cómo respondía ante ciertas situaciones, es decir, cómo cambiaba inútilmente las cosas de lugar en la casa o la manera en que se corría los pelos de la cara cuando la molestaban, así como también el respeto con el cual no interrumpía las conversaciones entre su padre y Astargo. Pero eso distaba mucho de conocerla.

Estaban también los roces, las evitaciones y las palabras provocativas, que daban paso a un ajedrez de movimientos y miradas desafiantes: la forma en que se interpelaban mutuamente para ver hasta dónde era capaz de llegar el otro. Esos encuentros duraron años, hasta que las distancias temporales les dieron fin. Mejor dicho: nada los terminó, pero dejaron de suceder. La última vez que Astargo vio a Laura en su casa (es decir, la noche en la cual un colectivero le indicó a Astargo cómo debía llegar, luego él dobló en una esquina y cruzó de vereda por un perro que dormía, a la par que una vecina asustada miraba por la ventana pensando que se trataba

de un ladrón que iba a robarle) le pareció encontrar una flor marchita donde antes había existido una mujer hermosa.

Pero entonces comprendió todo, porque Astargo pensaba que el sexo a escondidas había comenzado a los diecisiete años de Laura. Ahora las cosas cambiaban rotundamente: él la había violentado de pequeña, sabía que si estaba corrompida era por sus dedos que la habían tocado; la secuencia se ordenaba distinta. Existía un primer hito que generaba los demás pero que se había sustraído de la cuenta, puntapié horrendo de una cadena que se iniciaba mal, infecta: pura violación.

Entendió así los ulteriores acercamientos de Laura, las solicitudes, las palabras al oído, y el desenlace hartado conocido: el primer sexo. Luego sobrevinieron otros: furtivos, silenciosos, ahogados, sin demasiados prolegómenos. Eso se desencadenaba más o menos rápido y culminaba en alejamientos, distancias impuestas en las cuales los contrincantes se miraban agitados desde los extremos de una habitación como boxeadores luego de un primer round.

El encuentro en la iglesia determinaba que Laura seguía volviendo, señal de que aún aguardaban otras situaciones, ovillos antiguos que no terminaban de desenredarse.

Astargo reconoció la puerta frente a la cual se encontraba.

Fernando Morroes no era como Mauricio Arenales, él sí era insalvable. Quizás ya esté muerto, y por eso Laura estaba en la iglesia.

No, no era la casa de Mauricio Arenales, tampoco la de Fernando Morroes. Estrictamente no era una casa, si entendemos por eso todo lugar habitado por personas. Quizás algún malviviente vivía allí (lo que no lo volvía un bienviviente, todo lo contrario: más bien acentuaba su condición), sin embargo ese lugar era habitado por cosas tales como la lujuria, lo enfermo, la mugre, la oscuridad y principalmente la angustia. Si la angustia es la ganancia del mar sobre el cuerpo propio, el embate que desdibuja las certezas y los recorridos y que aparenta provenir del exterior, pero que sin embargo se desarrolla como una proliferación interna, una putrefacción que devora el alma y derrite arterias y ligamentos, entonces aquel era un territorio digno para la angustia. Fundamentalmente por lo siguiente: quienes allí arribaban lo hacían cargando tanto enormes angustias como la vana pretensión de poder erradicarlas. Pero coger no soluciona nada, ya lo dijo antes Astargo, y el encuentro con otra serie de cosas (la angustia que suscita la separación de dos cuerpos que nada tienen que ver con el otro, el silencio posterior, el preguntarse para qué sirvió lo anterior o qué sigue ahora), deja a los poseedores de angustias más desamparados que antes. Encima se pierde dinero, tiempo y semen.

Bien, el lector ya puede haberlo adivinado: esa puerta era la del prostíbulo en el cual Astargo había estado tiempo atrás. Había pasado una vez más por allí luego de la vez en la cual fue prácticamente obligado a tener sexo con una mujer la cual había visto en un café esa misma mañana, pero no había vuelto a ingresar. Esta vez tenía la convicción de que allí se encontraría Arenales, o más bien, que sus pensamientos en torno a Laura no podrían llevarlo a lugares erróneos. Al entrar rápidamente pudo percibir la oscuridad.

Suele definirse a la oscuridad como la ausencia de luz, sin embargo allí no había nada de eso. Si bien las luces no abundaban, era claramente visible lo que había adentro de aquel lugar: la lujuria, lo enfermo, la mugre, la angustia.

La lujuria, lo enfermo, la mugre, la angustia.

La lujuria, lo enfermo, la mugre, la angustia. Era prácticamente una cadena que se vociferaba sola. Quizás alguna vez Ana lo había acusado de cosas similares.

La escena era digna del tríptico del Bosco, y no requiere de ulteriores explicaciones: podrá concebirse allí todo lo que es digno de encontrarse en un prostíbulo, quien ha tenido la suerte de frecuentar alguno o de representárselo mentalmente.

Lo que a partir de aquí se produce es una persecución que prosigue desordenada: Astargo se dirigió a aquella puerta en la cual se encontraría la mujer con quien había tenido sexo: “la mejorcita”, a criterio de Arenales, pero esa habitación estaba

vacía. Continuó luego hacia una segunda puerta, sin ningún criterio de elección más que el de la proximidad espacial, y halló a una joven mujer enroscada con otra, de muchísima mayor edad y tamaño. El rollizo cuerpo de esta señora (que sería aquella quien estaba abonando por el servicio) dificultaba ver el rostro de la prostituta, que Astargo supuso asfixiado. Frente a la irrupción ambas giraron hacia la puerta y se preguntaron qué hacía ese hombre allí. Astargo se retiró, esta vez para ingresar a una tercera puerta.

Dio allí con las nalgas delgadas de un hombre que penetraba por detrás a una mujer que se tomaba con ambas manos de la cabecera de la cama. Con cada embestida la cabecera crujía a la par que la mujer gozaba y el hombre gemía. Astargo se preguntó si el hombre gemía por la mujer que gozaba o por la cabecera que crujía. Sin demorarse en la contemplación del acto sexual, Astargo reconoció la coronilla de Mauricio Arenales. Finalmente lo encontraba, finalmente podría salvarlo, y no lo hacía sino en el mejor lugar donde podía hacerlo: en un vertedero de mierda.

Pero ese hombre se dio vuelta y su rostro no era el de Mauricio Arenales. Sin embargo su fisonomía era inconfundible, tenía que serlo, pensó Astargo. “Es tarde”, se dijo. “Llegué tarde a tratar de salvarlo. Ya no es el mismo”.

El hombre rápidamente se separó de la mujer y se dirigió hacia Astargo.

-¿Qué hacés, pelotudo?! Andate de acá.

Pero Astargo contemplaba embelesado los vaivenes del miembro erecto de aquel hombre, que se movía acompañando sus gesticulaciones.

-Verás, Mauricio, te encuentro acá, donde siempre te encontré. Pero "acá" no es un lugar, es un estado, y estás solo. Insistís con esta escoria, con ese pene incierto que señala. Hace un rato apuntaba a esta mujer que está destruyendo una cama, ahora me señalás a mí. Pero no sos interlativo, el pene se va cayendo y dejás de portar tu autoridad. Mirate, mirá lo que queda de vos cuando no hacés nada, solamente sos un hombre desnudo, solo y triste.

Lo que aquí sigue es una escena en la cual el hombre se abalanza sobre Astargo para golpearlo. Un hombre desnudo, sin embargo, no puede pelear ni tampoco desplazarse muy arbitrariamente, y Astargo lo intuyó bien. Los testículos se balancean, el pene no tiene sostén y se agita desordenado, y el hombre se preocupa por esa parte del cuerpo que pretende proteger. Entre todos esos vericuetos Astargo lo golpea.

-Mauricio, esto no se arregla así, tenés que saberlo. ¿De qué insania te pretendés rectificar? Dejá los juegos de niños, esto es serio, che. Te darás cuenta que tu cara no es la misma, que ya has cambiado: eso seguirá sucediendo y acrecentándose mientras todo siga igual.

Mientras Astargo vociferaba eso, la prostituta (la cual Astargo había perdido de vista) le asestó un golpe en la cabeza con la dura materia de un velador. La sangre rápidamente cubrió su rostro.

—¿Qué pretendés hacer? —interpeló a la mujer—. ¿No ves que abrirme heridas es una forma de darme vida? Mirá cómo brota la sangre, cómo baña todo, altera el paisaje, adultera la configuración del cráneo. Pero te entiendo, no me querés acá; yo tampoco me quería acá, pero sabés, Mauricio. Vos deberías ir a una iglesia, te vendría bien.

El hombre en el suelo se colocó los pantalones y Astargo lo esperó, divertido. Luego se puso de pie e intentó volver a abalanzarse sobre Astargo. Pero éste emprendió la huida, y cuando abrió la puerta debió esquivar algunos curiosos que ya se agolpaban contra allí (puede adivinarse que para ese entonces ya se había generado cierto revuelo en el prostíbulo). El hueco entre la gente lo llevó a una escalera que trepaba hasta una terraza, y Astargo salió al exterior de la ciudad. El hombre lo seguía, gritando.

—¿Qué querés hacer? —le preguntó Astargo— ¿Me vas a tirar? No hay nada acá abajo, Mauricio.

Astargo se acercó al borde de la azotea y miró hacia la calle. Varias personas transitaban por allí. Se detuvo en una en particular, esa coronilla la conocía, era Mauricio Arenales que estaba en la calle, o que bien parecía serlo. Astargo miró al

hombre del prostíbulo que se le acercaba. Ese no era Mauricio Arenales, o quizás sí, y se sintió en medio de dos espejos iguales que lo reflejaban infinitas veces. Entre todas esas multiplicaciones se perdía, y los Mauricios ya eran demasiados para poder ser salvados. Además, era tarde, estaba cansado y se sentía mareado por el golpe en la cabeza. Dio un paso hacia atrás y trastabilló, cayendo por la azotea. Tuvo la convicción de que la escena que había rememorado a partir de la visión del perro muerto no era verdadera, pero igualmente pensó en la salvación de la religión de los vagabundos y esperó que sea cierta.

La policía encontró, entre las ropas del cuerpo recientemente fallecido, una última nota: “Soy un sujeto bastante reticente. No dejo a cualquiera inmiscuirse en mis cosas, mucho menos alterar mis planes. Armo órdenes aplicados, prudentes y calculados, llenos de detalles y simetría. Lo que no todos saben es que disfruto del caos tanto como del orden, e incluso más. La sutileza está en que no le lego el caos a cualquiera. Soy capaz de tolerar que destruyan en segundos todo lo que produzco laboriosamente, si quien lo hace opera como una brisa que hace caer una torre de naipes. Nadie arma una figura con fichas de dominó en el suelo sin activar luego el mecanismo que implica hacer caer la primera pieza. Nadie crea

estructuras en una habitación para luego cerrar la puerta y tirar la llave. La llave siempre hay que entregársela a alguien”.

Quizás todo esto fue, en definitiva, una historia de amor que no fue.

EPÍLOGO

.

MUJERES

Paula estaba en el cementerio, frente a la tumba de Mauricio Arenales. Le era inconcebible que quien había sido su marido durante tanto tiempo se hubiera suicidado, y que lo poco que quedaba de su cuerpo fragmentado se encontrara a escasos centímetros de distancia. Miraba anonadada la placa que indicaba el nombre y fecha de nacimiento y de deceso sin lograr asimilar lo ocurrido. No podía más que sentir una ajenedad horrorosa.

Constantemente la asaltaban imágenes del tren embistiendo al primer hombre que había amado, la consistencia de una persona que se desgranaba entre el tendido ferroviario y la cabina del conductor. Recordaba el esquema: la imposibilidad de localizar a Mauricio en su casa o su oficina, el miedo en acudir a la policía. La contratación del detective privado, que sólo le hablaba de un tal Astargo que frecuentaba los mismos lugares que su marido. La incertidumbre, el desasosiego. Finalmente, el llamado telefónico desde la comisaría, poniendo el punto final: el cuerpo de quien se había arrojado a las vías una tranquila noche de domingo unas semanas atrás era el de Mauricio Arenales. Ese tal Astargo se había suicidado tiempo

después, o algo así, y Paula no sabía a quién acudir para buscar respuestas, hasta que finalmente llegó la carta.

Había cavilado mucho tiempo la posibilidad de una reconciliación. De hecho, la razón por la cual había intentado contactarse con Mauricio era porque pretendía disipar algunas dudas. Planeaba, sin embargo, excusarse manifestando que necesitaba retirar unos objetos de la casa que habían compartido durante tantos años.

Paula tocó el mármol, brillante y frío, y su cuerpo tembló. Llevaba la carta en un bolsillo, que extrajo y se dispuso a volver a leer. Mauricio la había entregado al correo de forma tal que llegara al domicilio de Paula el día posterior al suicidio. Por desinteligencias de la oficina de correos, sin embargo, la había recibido semanas después.

Pau: quiero que sepas que he decidido ponerle fin a esto. Llevo una existencia vacía pero pesada y soporífera desde que te fuiste. No te culpo, nunca podría. Sé la clase de persona que sos y las razones que te llevaron a tomar tu decisión. Pero también sé muy bien las razones que me llevan a mí a hacer esto. Sufrimos tantas cosas juntos, y sin embargo vos seguías ahí, siempre al lado mío. Te quedaste conmigo cuando te enteraste que no podía tener hijos. Nunca te lo dije, pero sé lo mucho que te dolió saber que no ibas a poder ser madre, o por lo menos no conmigo. Me quisiste mucho, seguramente durante mucho tiempo. También sé que esas cosas caducan. Lamento tener que ponerte ahora este peso encima

(tendrán que suceder algunos trámites administrativos, el contacto con la funeraria, dar aviso a la gente... tareas de las que seguramente te encargarás vos. Todo lo que decidas estará bien). No sé si lo sabés, pero yo nunca dejé de quererte. Si de algo puedo decir que estoy orgulloso es de que eso siempre haya sido así. No sé si lo intuiste, siento que nunca terminaste de entender mi forma de hacerlo. Más de una vez me preguntaste por qué me reía con ojos brillantes cuando preparabas la cena o me detallabas las dificultades que habías tenido para localizar un lugar en la ciudad. Luego dejaste de hacerlo, supongo que cansada de que no te dé una respuesta satisfactoria. Yo nunca te lo expliqué verdaderamente; hay terrenos en los cuales no hago concesiones. Seguramente pensabas que era un estúpido por sonreírme por cosas tan habituales, o que me reía de vos porque te consideraba inferior o una tonta. Alguna vez me lo hiciste saber. Y no, no es así, no se trata de eso, nunca lo fue. Tampoco lo entenderías, y por eso nunca me empecé en hacértelo entender. En mi defensa, vos nunca te vas a poder ver como te veo yo, y eso ya lo dice todo. No sabés la cantidad de veces que te contemplé hacer cosas en silencio, observar tu perfil mientras dormías, escuchar tus pasos por la casa. Nunca supiste que cuando cocinabas hacías movimientos dulces como los de un animalito, o que al contarme cosas agitabas las manos como una loca. Hay gente que no sabe particularizarse, viven y hacen cosas como todo el mundo. A vos te acompaña una gracia en los movimientos (tal vez esa gracia

no exista y sea sólo un invento mío, pero eso ya no importa) que en todos estos años nunca desapareció. Si bien crecimos juntos, nunca te volviste una adulta, pero sabés que eso no es un insulto para mí: conservás esa chispa que hizo que rápidamente te hayas mostrado como alguien única. No sé por qué lo más cotidiano de vos me generaba tanta ternura, pero lo que sí sé es que amo las cosas vivas (y por vivas entiéndase no vivientes, sino vívidas), y vos sos la más linda de ellas.

Disculpá que haya escrito tantas palabras para tratar de manifestar una idea que no sé si te resulta importante o inteligible, pero necesitaba que sepas que para mí el querer siempre fue eso: el brillo de determinadas personas y cosas. Vos nunca lo entendiste, yo construía espejos en los cuales nunca pretendiste reflejarte. Pero ahora ya es tarde. Quizás nuestro querer haya sido muchas veces asintótico o más bien zigzagueante.

Tengo que darle lugar también a cierta tristeza. No quiero que esta sea una carta triste, pero algo me lleva a esta decisión y también tenés que saberlo. Algo insiste y se empeña en no dejarme ni un solo rincón donde vos no estés, y eso se vuelve intolerable. Es tan simple como eso. Aún encuentro cada tanto por la casa tus pelos rubios, largos y ondulados, que me hacen saber que algún día vos viviste en esta propiedad que hicimos un hogar y que ahora me resulta tan grande y vacía. Salen cuando menos me lo espero de cualquier rincón, andan debajo de los

muebles o entre los libros, parece insólito, te lo juro. Y siempre armando configuraciones extrañas, es decir, en bolitas, trenzados en extremos o simplemente solitarios, livianos hilos que se desplazan con soltura frente a la más mínima brisa de aire. Nuevamente te pido disculpas por lo que te voy a hacer enfrentar. Espero que retengas esta carta con vos para que no le des demasiada trascendencia al asunto. Te estoy pidiendo algo muy difícil, pero realmente quiero que así sea: retené estas pocas palabras, que pretenden ser sencillas pero ciertas, y abrazalas: acá está todo lo que soy. Lo demás es basura. Mauricio.

Paula apretó la carta contra su pecho y comenzó a llorar. Estaba sola en el cementerio. En el pabellón, de estructura cerrada, su llanto produjo un eco en el cual se sintió acompañada.

A más de mil kilómetros de distancia, una mujer desayunaba en la comodidad de su hogar. Su marido ingresó con el diario matutino y le leyó una de las noticias principales, acontecida en un prostíbulo de la capital.

—Hay cada loco suelto —ironizó a continuación. Cuando miró a su esposa, ésta había palidecido—. Ana, ¿estás bien?

Ana no contestó. Apoyó lentamente la taza de té en la mesa y miró cómo sus manos temblaban.

Recordó a Astargo, o mejor dicho, a dos Astargos. El primero, el que había sido su novio durante la adolescencia. El segundo, aquel que había visto un día cuando decidió visitar su ciudad natal. Habían pasado años desde la mudanza, años en los cuales Astargo le había enviado decenas de cartas que su padre nunca le había permitido responder. “Este pibe está mal de la cabeza”, le decía una y otra vez, leyéndole en voz altas las cartas. “¡Fíjate las cosas que escribe!”, exclamaba. Ana las había leído mil veces, sabiendo que sólo ella podía entender el intrincado sistema de pensamiento que lo caracterizaba.

Cuando tuvo la edad y el dinero suficiente pretendió acercarse a él. Llegó a su ciudad un hermoso día de octubre, con ropa suficiente para un par de días. Lo primero que hizo fue

dirigirse a la plaza de su infancia, que proyectaba encontrar bella como siempre lo había sido. En ese estado la encontró, y también divisó un hombre durmiendo en un banco: Astargo. A la distancia lo vio moverse, desperezarse lentamente, torpe e incoherente, con un aspecto deplorable a pesar de sus veintitantos años. Se paró, no sin trastabillar. Un perro le hacía fiestas, saltando sobre sus piernas. Astargo lo miró y le asestó una patada en la cabeza.

El corazón de Ana se fragmentó. Sabía que había en él algo oscuro, impredecible y profundo que ciertas veces lograba dominarlo, pero esto era diferente. Algo había desaparecido, y sólo quedaba lo peor de lo que alguna vez había visto, exacerbado. Parecía no haber rastros del Astargo que conocía, parasitado por la peste de esa dimensión que tanto había preocupado a Ana cuando era joven.

Esa misma tarde regresó. Jamás volvió a visitar su ciudad de origen.

Sentada en su casa, levantó la vista para mirar a su marido. Más de una vez se había preguntado qué hubiera pasado si se hubiese acercado a Astargo aquella vez para intentar salvarlo.

En otro punto de la capital, un bebé sorprende a su mamá. Entre el caleidoscopio resultante del destello de luces sobre colores resplandecientes, los gemidos ahogados en habitaciones contiguas y el olor a perfume barato, se escucha un perfecto “ma”. Claro, circunscripto y perfectamente dirigido a la mujer que lo está mirando, la cual no puede evitar soltar una lágrima. Abraza a Lucianito y lo besa en la frente.

Cosas así marcan comienzos, piensa ella.

ÍNDICE

PRIMERA PARTE.....5

TRANSICIÓN.....43

SEGUNDA PARTE.....67

EPÍLOGO.....129

IMPRESO EN CIVILCOY
Tirada inicial: 200 ejemplares

Astargo. Muerte y resurrección, nos empuja a mirar y a conmovernos por personajes acorralados en los límites. Personajes que a su vez nos perturban por mostrarnos aquello que nosotros mismos podríamos ser. Porque sabemos que no estamos demasiado lejos, demasiado a salvo. Bastaría con apenas soltarse por un momento de una pequeña tabla que nos mantiene a flote.

“De todo lo que compone al hombre lo más frágil es, como puede verse, lo humano” dice Saer en *El entonado*. Frágil e irreparable se podría agregar. Sin vuelta atrás, una vez producida la fisura. De ahí los Erdosain, de ahí los Astargo y tantos otros.

Juan Cammardella nos narra con lenguaje directo, sin recovecos, como el agua que corre inexorable hacia una boca de tormenta. Y nos arrastra.

Otra obra (y nunca serán suficientes) sobre un tema que no puede dejar de abordarse por su carácter intrínseco a la condición humana. Vigente, mientras sigamos revolviendo a ciegas, fuera y dentro de nosotros, buscando encontrar algún sentido, un rumbo. A eso que somos.

DIEGO ABRAGIANO

